

AL CAMINAR (RELATOS)

DIANA EMILCE ZAMUDIO CADENA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

SAN JUAN DE PASTO

2009

AL CAMINAR (RELATOS)

DIANA EMILCE ZAMUDIO CADENA

**Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar al título de
Licenciada en Filosofía y Letras**

**ASESOR:
Mg. JORGE VERDUGO PONCE**

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

SAN JUAN DE PASTO

2009

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de los autores”

Artículo 1º del Acuerdo N° 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, Octubre de 2009.

DEDICATORIA

A la vida, a Mario, para Altaír por su alegría, a mis hermanos, mi padre, abuela y demás familiares.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la fortuna por cruzarme con personas que siempre me acogieron y aportaron algo para llegar hasta el día de hoy.

Al profesor Jorge Verdugo que con su actitud armonizó el espacio literario y fundó mayor interés por la lectura.

Al profesor Gonzalo Jiménez por su lucidez al hablar y agradable humor.

Al profesor Alfredo Ortiz por provocar conmoción al hablar.

Al profesor Mario Madroñero por su pasión al abordar un tema y su contundente y honesta oratoria con los estudiantes.

A quienes fundaron la Universidad, a quienes la mantienen en camino y a quienes luchan porque no muera.

A mi familia que en la distancia y la discordia fortalece mi estancia.

Al Espíritu de mi madre que siempre me ha acompañado.

RESUMEN

Al Caminar (Relatos), es un trabajo que presenta variedad de temas posibles mediante la escritura de textos que contienen pequeñas historias; desde esta perspectiva se presenta como una obra de creación literaria en el marco de lo que la prosa poética brinda, a partir de lo que emerge desde sensaciones frente a prácticas relacionadas con el ámbito académico y social. Suceso que implica introducirse en la experiencia de imprimir lo que se imagina, para relatarlo mediante historias que se presentan en los escritos.

Con los relatos se busca afectar de una manera positiva la expectativa de los lectores, para concebir la literatura como un acto en el que no se pierden las ideas sino un acto en el que se abren posibilidades para transformarlas. De ahí su importancia, pues al escribir se asume una postura más cercana frente a lo que implica la literatura como un área de conocimiento, no sólo de las leyes y normas que sustentan la idea de escritura, sino también de espacios en los que convergen sucesos que hacen parte del movimiento del mundo y de todo lo que aparece en el paso de los días, ya que dentro de esta corriente de ideas están inmersas sensaciones proyectadas mediante la diversidad de los lenguajes.

Palabras clave

- Creación
- Estética
- Pedagogía
- Literatura

ABSTRACT

Walking (Narratives), is a work that shows variety of possible topics through the writing of text that contain little stories; from this perspective it is presented like a play of literary creation in the setting that the poetic prose gives us, starting from what emerges since sensations in front of practices that are related with the academic and social limits. Fact that implies to be introduced into the experience of impressing what it is imagined, to relate it through stories that are presented in the writings.

The narratives look for affecting in a positive way the readers expectation to conceive the literature like an act in which the ideas are not lost but it is one in which the possibilities are opened to be transformed. From this point their important, since in the act of writing it is assumed a nearer posture in front of the implications of the literature like an area of knowledge, not only in the laws and norms that sustain the idea of writing, but also spaces in which converge facts that are a part of the World movement and of all that appears in the step of days, since inside this flowing of ideas, there are immersed projected sensations through the diversity of languages.

Key words

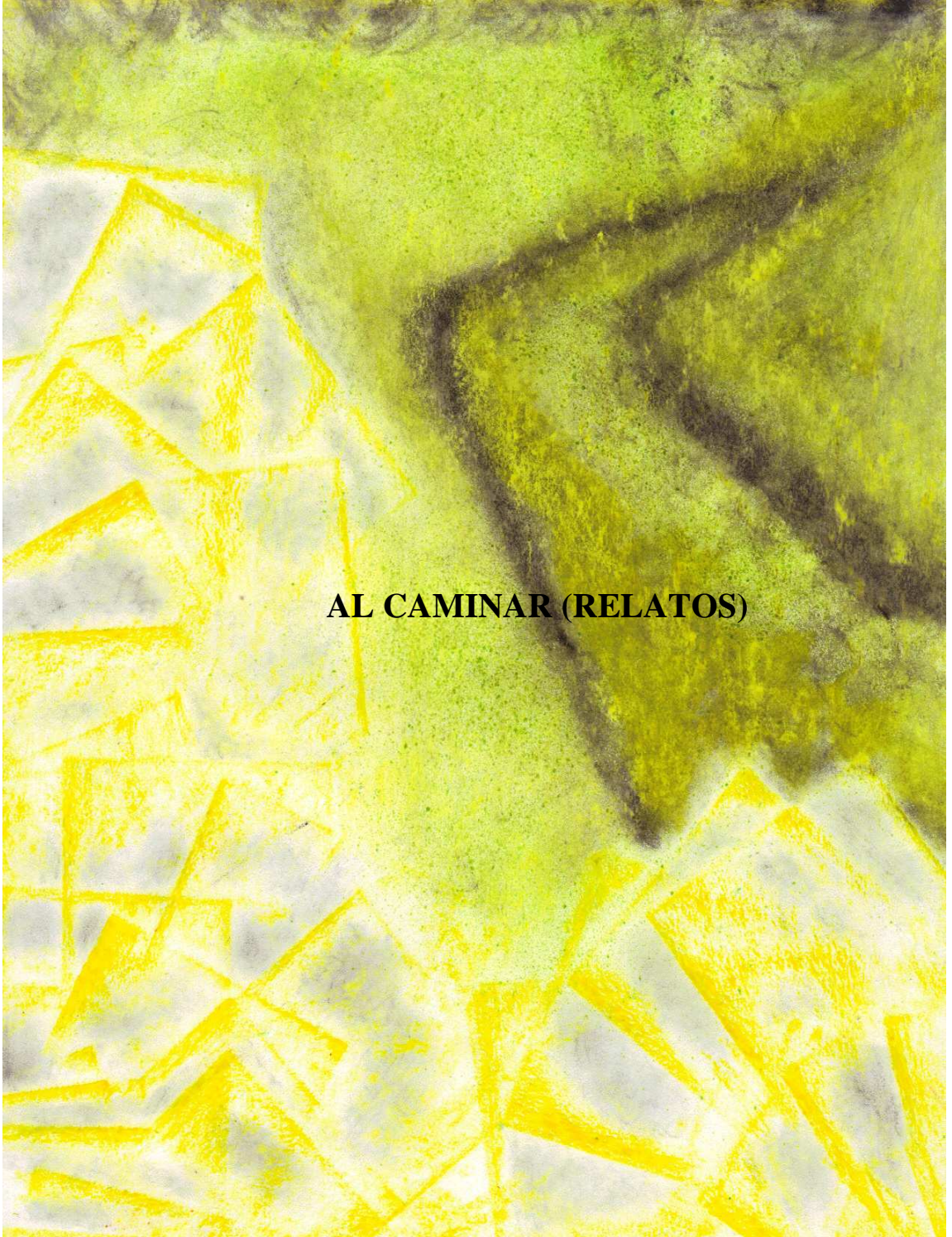
- Creation (Creación)
- Aesthetic (Estética)
- Pedagogy (Pedagogía)
- Literature (Literatura)

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. Relatos para niños	21
Nalu y la butaca azul	22
Tiempo	24
Árbol cojo	27
El buen sazón	31
Reflejo	35
CAPÍTULO II. Relatos para adolescentes y adultos	37
Sin título	38
La apuesta	41
Rictus	43
Laguna	45
¿Qué ven?	47
La puerta	49
Lector del amor	52
Últimos pasos	58
Ventanas	60
Gotas	63
Fragancia	66
Pedestal	69
Tango	72
Molienda	75
Bajo una roca	77
CONCLUSIÓN	79
BIBLIOGRAFÍA	80
BIBLIOGRAFÍA ON – LINE	82

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Crayolas y óleo	12
Figura 2. Lápiz de color	22
Figura 3. Óleo	24
Figura 4. Óleo	27
Figura 5. Óleo	31
Figura 6. Lápiz de color y crayolas	35
Figura 7. Óleo	38
Figura 8. Crayolas y tinta escarchada	41
Figura 9. Óleo	43
Figura 10. Crayolas y lápiz de color	45
Figura 11. Óleo	47
Figura 12. Lápiz de color	49
Figura 13. Óleo	52
Figura 14. Óleo	58
Figura 15. Óleo	60
Figura 16. Óleo	63
Figura 17. Óleo	66
Figura 18. Lápiz	69
Figura 19. Óleo	72
Figura 20. Óleo	75
Figura 21. Óleo	77



AL CAMINAR (RELATOS)

Figura 1.

INTRODUCCIÓN

Al caminar se cojea, al caminar se tropieza, se trastrabilla, se duda, se arriesga, se dejan y no se dejan huellas; al caminar el canto oculto de la vida en el espacio a recorrer, susurra en el deseo de remover las sensaciones. Al caminar todo y nada. Andar, recorrer, acariciar la tierra, el asfalto, la madera, losetas enceradas, el vacío de la soledad, el vacío que provoca el amor. Al caminar alumbrar y apagar, ser en lo pequeño grande, en lo grande pequeño; al caminar trazar vías, escribir historias, cantar melodías, acariciar lo vital, lo inerte y sentir. Al caminar reparar en lo inefable que tienen los días y hacer preguntas.

Cuando se inicia un proyecto de escritura surgen varias preguntas como; ¿tengo la capacidad para escribir?, ¿lo que he leído me sirve para ese ejercicio?, ¿qué he leído?, ¿me falta mucho por conocer? ¿Siento miedo, vergüenza o es la vanidad la que me detiene? Después de otras tantas preguntas, queda el espacio vacío y es cuando se hace necesario responder y decir: puedo tener la capacidad si escribo y no desisto, he leído, eso me debe ayudar en algo, he leído algunas obras clásicas, algunas modernas, otras contemporáneas, me falta bastante por conocer y sobre todo por vivir, lo importante es atender al llamado de la evocación donde surgen las ideas para ver los cambios, me detiene el miedo a errar y sentir vergüenza, lo que indica que también tengo vanidad; es bueno sentir las mejillas sonrojadas, no dejar de sentir la vanidad del estudiante, no dejar de hacerse preguntas de adolescente, es sano ser capaz de responder y quitarse la máscara por un instante para sentir el hielo del miedo en la piel y en el alma para hacerle frente.

La escritura es la complejidad de una técnica que requiere una forma simple para construir historias, pero puede, en su simpleza hecha de palabras, ser una profunda forma de interpretar el mundo, sus acontecimientos y todo lo que en él hay de impresionante e indefinido. Por ello, hacer literatura no es un acto fácil, pero se puede hacer banal su presentación al no transmitir un mensaje. Escribir, ya sea poemas o relatos, es hacer de uno mismo algo que no se es y que logra marcar la expectativa del lector con una sola frase o con un tono. La literatura es musical, toca el alma, donde se le acoge y habla, es algo que remueve y no queda en la quietud del olvido que se da cuando un escrito no provoca nada. Arte mejor que técnica en la medida en que la imaginación, los órganos y las manos obran.

De esta manera es necesario pensar la creación literaria como una labor que permite al escritor decir lo que sólo en las letras le es posible manifestar: el misterio que para él implica dibujar imágenes con palabras escritas, ese misterio que afortunadamente no está descifrado, porque si fuera posible hacerlo, la literatura llegaría a su fin e inalcanzable sería la producción de un relato si todo ya se hubiese dicho, pues al escribir se dice lo que aún no ha manifestado el excelso movimiento de la imaginación, por eso la escritura es como los números, sin término, es infinita en la medida en que permite inventar de mil formas aquello que se ha presenciado y también lo que no; escribir un relato es dibujar algo que se vive y a lo que se le da color, es entregar mediante una historia la existencia de algo creado

después de un largo proceso, en el que se relacionan ideas que se han organizado para darle cuerpo a lo que se quiere contar y que permite producir textos que se presentan como el ejercicio del pensamiento, donde las ideas se enlazan a través de experiencias, encuentros y recuerdos que exponen una iniciativa, un impulso literario. De ahí que, dar al lector una canción que quiera ser cantada, una melodía que remueva el espíritu de alguien que sienta su lugar de palabras hecho canto y camino abierto para ser transitado por quienes buscan otra manera de llenar el vacío de la soledad, del olvido, de la ansiedad, de la zozobra que a veces llega intempestivamente; sería un propósito de tal iniciativa literaria, pero ¿qué sería del espíritu sin estos vacíos? Sería un espacio colmado de viejas ideas, sería simplemente un recipiente imposible de transformar. De acuerdo a esto en el acto de escribir, hay un interés por lograr agitar esos espíritus llenos, para que le abran campo a nuevas imágenes y se den la oportunidad de revivir las sensaciones a partir de la inventiva metafórica de la escritura.

Después de estar un largo tiempo en quietud, al igual que una roca, porque la mente necesita estar en blanco para encanecerse y ver al fin que es hora de moverse, el cuerpo decide, se levanta para despertar al espíritu que ha estado en soledad, ya que al verse en retiro decide que aquello guardado debe ser dado a luz. Es como el nacimiento de un cuerpo que aprende a hablar porque se lo lee y contempla, pues se ha nutrido con el arduo trabajo del pensamiento que se niega a morir en la nada, del pensamiento que despierta aún en sueños para recordarle al soñador que debe escribir el sueño vivido. Así, el ser humano hace de sí algo diferente, en este tiempo que parece clonarse cada día más.

La intención de escritura lleva a comprender la literatura como un espacio donde yace la espera de palabras por escuchar, de mensajes donde la interminable búsqueda de sentidos se revela con la breve o larga vida que se muestra en un escrito al relatar la muerte, la vida, la locura, el desasosiego, el afán, la lujuria, el miedo, el dolor, el amor, el deseo, la eternidad, el final. Términos que funcionan de acuerdo a la intención de un decir, donde el hablar toma forma en la medida en que se enlaza una palabra, sin la pretensión de una aparente linealidad conceptual, sino en el reflejo de la creación de un vínculo que ayude a manifestar eso que está a punto de salir del cuerpo que se ahoga en su sin decir y que al pronunciarse devuelve vida a ese lugar, a veces cerrado por la confusión de infinidad de ideas. Por eso se escribe, pues el ser se inunda de ser en tanto calla. Quiere ser libre para que otros lo acojan en su lectura. Entonces, un relato es como la libertad de un film guardado en el espíritu de un escritor, que es puesto en escena mediante el papel, un film melodioso que exalta la naturaleza de lo sensible. Relato que llama al pensamiento en la búsqueda de un mensaje escondido: crítico, que propone porque no sólo remueve el sentimiento sino que lo ajusta al escenario de una época, de un conflicto. Los escritores, que se han preguntado por la inexplicable demencia de un momento histórico, muestran historias trágicas, satíricas, biográficas. Abren el camino a la irreverencia que llega con una verdad cruel o asombrosa y así la literatura se convierte en la forma más tenaz de ver el mundo en tanto ella guarda lo mortífero, lo vivaz y lo vital de lo que en la existencia hay.

Leer, es ir al encuentro con el estremecimiento que de su decir brota, de sus ocultos intereses o sus más profundos pesares. Importa qué y cómo se lee, cómo se miran las mociones. Así se ha dado este encuentro con la escritura que, aun siendo ausente, llega a la vida de quien lee por el gran frenesí de las letras. Para algunos tal vez no sea así pero, en este caso, llegar a ella ha sido abrir el camino que estaba escondido en la memoria, ese camino que recuerda cada instante vivido con la naturaleza, con el pasado y también con el presente.

La relación con la escritura hace ver, sentir, abrir la mirada al mundo, la mortalidad que lo regula y la inestable morada. Por ello, se hace necesario no ir de prisa, pero sí ir con los ojos bien abiertos por y hacia donde se avanza.

Ver la otra cara del relato, ya no sólo como forma estética, sino también como un modo de hacer críticas, proponer cierto sentido de pertenencia a lo que se aborda para hacer historias, donde mirar la naturaleza, la vida regulada por distintos rasgos de la cultura, mirar el mundo y todos los movimientos que lo transforman, permita ver otro movimiento creativo.

Formarse es mostrar interés y cuidado acerca de todo lo que ocurre en el mundo. De cómo al paso del tiempo la sordera, la ceguera, han hecho más inhumano al hombre al llevarlo a su propio olvido y a vivir siguiendo un ritmo delimitado por el abuso y la permisividad, frente a los cambios y errores ocasionados por acercamientos descuidados a la naturaleza y a la sociedad, cada vez más vulnerable debido a la crisis en todos los ámbitos de desenvolvimiento, reflejados por ejemplo en la concepción y práctica de la educación.

Por eso existen en la educación docentes que no hacen de las tecnologías un medio para facilitar el trabajo, sino un medio para inducir al estudiante a una parálisis frente a la pantalla que no permite ver la hoja de un libro por el fastidio que le provoca, ya que la saturación de imágenes coloridas y de mil formas de entretenimiento hacen de un joven un ser rígido y afanado a quien le es arrebatada la paciencia para sostener un libro por la eficacia de una proyección electrónica. Entonces, llegar a un estudiante con una escritura que muestre la propiedad en tanto creación es un acto necesario, preciso para abrir la mirada a otras formas de pertenencia que tendrían que ver con la asunción de un compromiso consigo mismo, en tanto se es capaz de inventar y fijar el interés en historias que no frenen la imaginación, sino que abran espacios donde los lectores pueden ser libres pero sesudos, ya no sometidos por la facilidad del cortar y pegar.

De acuerdo a lo anterior, es necesario comprender la escritura como una forma de actuar en la sociedad, a través de la que se cae en cuenta de los problemas que ahí se muestran, no sólo efectuarla para relajarse del estrés que ocasiona el movimiento, hecho que no es negativo, pero que si sólo se la toma como un entretenimiento más, no ocupa el lugar que merece en el sentido estético, crítico, social; el sentido del pensamiento que hace de lo escrito una forma de ser con carácter menos descuidado y que concentra todos los sentidos.

De lo contrario, se cae otra vez en la fútil mecánica visual que no atrapa nada. La escritura es una oportunidad para manifestar todo lo que incomoda, lo que enfada, perturba, inquieta, lo que agrada, entusiasmo, satisface. Es fuente de purificación y también de envenenamiento, eso depende del trato que se le dé a la hora de acercarse a ella. Porque en los tiempos de reconocimiento, donde ya no se es uno, sino muchos al reflejarse en el espejo de la presencia, hay una fugacidad que abre el espacio para decir, para contar, para llenar el campo hueco que siempre está en las almas sedientas de un conocer que sea diferente a ver, intimar en el sentido de estar, de compartir en el pequeño pero gigante mundo que el espacio literario permite vivir. Esa es la proyección que como estudiante y profesor de literatura y filosofía es posible vislumbrar, percibir que el hecho de trazar un relato, darle cuerpo y figura, puede fortalecer los ejercicios comunicativo, significativo, propositivo y argumentativo requeridos para poder profesar a la hora de la enseñanza de la literatura. En esa medida. Las significaciones dadas a las cosas, a los actos de aprendizaje, tienen sentidos porque se vive lo que se lee y escribe.

Reflexión

¿Cómo soñar sin tener propósitos? Pregunta planteada después del duro aterrizaje que la práctica docente dejó. Llegar al salón para hablar con los estudiantes de varios temas y sentir la extrañeza más grande, mudez y a la vez ahogo cuando los rostros de estudiantes se convierten en espectros que señalan, reafirman el lugar del profesor frente al tablero con las saetas de sus ojos. La pregunta surge luego de una discusión inevitable por la indisciplina y sólo el silencio llena el espacio, entonces el choque es inevitable cuando no hay propósitos en chicos de trece o catorce años. Pero esta idea de la negación no es tan cierta, ¿quién no tiene un mínimo propósito cuando de vivir se trata? Tal vez nadie, aún el más desolado tiene algo que hacer o decir, de lo contrario no estaría. En esa medida decir que los jóvenes no tienen propósitos es algo atrevido; el problema es más hondo, es un problema empastado tanto en el hábito hecho manía de algunos profesores por la apatía que transmiten con respecto a su ejercicio profesoral, como a la crisis social, económica, cultural y política en que los muchachos están inmersos. Ese es un tema que atañe, en este caso, a la enseñanza de la literatura como área de conocimiento, no sólo de las ideas formales de la lectura y escritura, sino también de expectativas éticas con la profesión, que tienen que ver con vivir con y por lo que se hace, tener intimidad con aquello en lo que uno se desenvuelve. En esa medida la intimidad logra elevar la idea que hay de profesor como informador, a profesor como ser corpóreo, pensador y creador, que vive y siente cada cosa que manifiesta en una clase. Porque informar para llenar papel puede reducirse a una patraña donde el único fin es llenar el tiempo. Por eso se debería pensar en informar como un ejercicio que facilite el diálogo, para que decir sea igual a observar sin el temor de producir y prolongar preguntas, que sería un ejercicio provechoso al enseñar, ya que se lo siente y se lo piensa, no sólo se lo transmite para proliferar la curiosidad banal que es típica de los pasillos tanto de colegios como de universidades, aunque la curiosidad no es mala si tiene que ver con la búsqueda de un conocimiento que abra los caminos necesarios para vislumbrar aquello que puede ser base e impulso para persistir en la vida. Quien no quiere persistir está agobiado por el moho que provoca el desinterés y eso es lo que se debe evitar si se decide ser profesor.

Ese ser profesor es un soñador eterno, no un eterno iluso. El profesor del siglo veintiuno, al contrario de lo que piensan los expertos en informática, no es aquel que está al día en información y uso de herramientas propias de la tecnología. Es aquel que no se siente extraño ante esos avances y de igual forma no es alienado por los mismos. La facilidad que brinda un medio de información es muy importante para no estar fuera de contexto, pero no es más importante que el vínculo que hay entre un libro y el lector, entre un escrito y la mano de quien lo imprime; dicho acercamiento es estremecedor, provechoso. Agita y transforma, acontece y sucede como dijo un profesor: “Quien lee bien, siente un deseo irreprímible por escribir”¹; en este contexto, leer bien es también sentir bien, es sentir y

¹ Aporte hecho por el profesor Gonzalo Jiménez, en la reunión de la reforma del programa de Filosofía y Letras, en el Paraninfo de la Universidad de Nariño, el día miércoles diez de marzo de 2009.

sobre todo es desear, el deseo incontenible de hablar, de tener propósitos al abordar un espacio académico.

Es así como la literatura y de un modo más específico, la escritura de relatos, ubica al profesor en un lugar en el que se debate entre el deber y el querer; deber por el ejercicio profesional, querer por el deseo de crear y compartir. Debate que es un reconocimiento de sí mismo y de otros que nunca dejarán de observarlo, no mientras haya un centro de aprendizaje, donde es la danza de las palabras una melodía que vibra dentro del cuerpo y le suscita el impulso de intervenir, es el deseo de profesar por la enorme necesidad de acompañar con la creación literaria que provoca la tensión necesaria para hablar de modo objetivo y humano; debido a esto, ese podría ser el fin de la creación literaria y en este margen la escritura de relatos, que como propósito se enfoca a la enseñanza y el aprendizaje como ejercicio que implica un interés de vida en la educación.

De acuerdo a lo anterior, la enseñanza de lo literario no se rige por los márgenes de la literatura en sí misma sino que tiene muy en cuenta el contexto en el que se desarrolla la interacción de la palabra, en el marco comunitario de lo literario. Desde esa perspectiva se puede decir que el propósito para elaborar relatos, enfoca el ejercicio del profesor como orador y asesor del espacio literario en que él, en su tiempo de enseñanza - aprendizaje se desenvuelve. De esa manera, los hechos sociales del lugar que se recorre son vistos y pensados para tener conocimiento de lo que sucede y saber, tras esta mirada renovada, que sí hay un modo de despojarse un poco del conflicto social, para hallar salidas distintas a los ejercicios bélicos y que esa salida es la literatura, que con esa intención y motivo sería un ejercicio en el que se tamicen las penas y los acechos de la dura lucha que se vive en un país donde la esencia del arte se quiere abolir. Suceso que es notorio por la problemática social respecto a la pobreza, el hambre, la impunidad y el eterno retorno de las “patrias bobas”.

Leer y escribir como apetitos

Leer es el deseo de andar; si la letra circula por las membranas penar, llorar y reír; si la letra enoja indignarse y pensar en remediar lo que está al alcance de las manos para alcanzar algo más; luego, escribir es un ejercicio de emanación, de los dolores, las amarguras, alegrías, las propuestas que la vida provoca. Si leer es un deseo, la escritura llega como la respuesta deseada. Es la reciprocidad de dos actos en el sencillo evento de compartir historias. Hacer de los escritos un efecto de fuerza que se proyecte al leer, como los efectos de un buen almuerzo, de una buena cena, de un buen baile, de un buen viaje, de un buen o un mal chiste, de un buen encuentro o al contrario. Lo importante es que los escritos son impulsos que remueven y provocan llanto, dolor, angustia, donde se avivan sensaciones y se las deja marchar, al evocar unas y otras, para cuando la hipérbole llegue reír y cuando los nombres parezcan perderse acudir a los pronombres y nombrar. En todo caso, darle a las palabras los giros necesarios para causar remolinos de pensamientos donde converja la diversidad, que al expresarse permita sentir la pasión guardada en los infinitos espacios del conocimiento.

Se dice que el mundo es una esfera, tiene bordes inconmensurables donde cada día se desmorona un risco. A veces destruye, otras construye pero siempre acoge porque es el hogar, el lugar, la memoria. Del mismo modo, la literatura puede ser una esfera donde rotan las frases del tiempo, que en sus giros explotan al nacer un escrito, como el brote de frutos en los que residen tesoros de todas las clases y que en su morar y madurar remueven el espacio que ocupan. Así lo hace cada palabra al estar reunida con otras para conversar, como lo hacen las palabras impresas en este texto, que permiten hablar sobre la sensación que surge con la remoción de esta experiencia al caer en cuenta que también se puede retoñar a su lado; en esta experiencia y desde esta perspectiva las palabras son como un jardín en el que cada vez germina algo más que necesita ser dicho. Este suceso se presenta en los diálogos que se fomentan alrededor de un tema determinado o por circunstancias que pueden encaminar la expresión, para intervenir y abrir paso a la comunicación.

Al leer se dirige la mirada a lo desconocido, a lo inaudito. Al terminar una lectura, pueden quedar vacíos, enojos, preguntas, momentos risibles porque no se entendió la trama o por la narración agradable, actitudes expectantes por la magnitud, finura o torpeza habida en el texto, o nada y se cierra el libro. La idea, desde este punto de vista, es que leer no es un ejercicio simple, es en realidad la dedicación a la comprensión y búsqueda de un mensaje tácito pues es para todos y para nadie, ya que puede estar o desaparecer, es casi como un recado, un encargo que el escritor da al papel, que se aproxima a una dedicación de amor porque guarda en su misterio una atracción que lo hace amable y detestable por el insoportable deseo que lo imana y es una sensación que no se puede obligar, ni enseñar a sentir, sólo se puede proyectar y esperar que, de esa manera, surja un efecto en las expectativas de los lectores.

Al escribir se emana un estado de conversión en el que se cambia de situación. Sucede como en algunos animales: cambian su piel para crecer, regenerarse y vivir por más tiempo, al igual que en el cambio de las estaciones. Según esto, al escribir surge un conflicto porque en muchas ocasiones la nada llega como un enemigo que ataca al silenciar y con el que se lucha para quitar lo hueco. Así se habla entonces de vaciar el pensamiento mediante la escritura, suceso que corresponde a la acción del lector como un evento recíproco, para el encuentro con las palabras que bordean la vida.

Bordear la vida tiene que ver con observar y sentir en cada minuto, el respiro de todas las cosas vivas y la quietud de todas las inertes; porque en ese espacio reflexivo surge la posibilidad del diálogo como efecto necesario para circular en la corriente que los encuentros fomentan y dar de esta manera, inicio a lo que se podría llamar: la locura de las palabras que hierven en la espera al ser llevadas a la cordura mediante el debate, o al contrario, la fastidiosa cordura de las palabras que ata y también arde por ser llevada a la locura para sobresaltar los sentidos. De esa manera se altera todo y no se forman bloques que no permitan vivir; de acuerdo a esta inversión, la idea principal es fomentar la visita de la diferencia en las palabras, para alterar el ambiente educativo y así los estudiantes puedan salir de la trampa robótica en la que caen con los medios masivos de comunicación, con la moda, con la falta de proyección. Para equilibrar esto, se propone abrir espacios para actividades que fomenten la atracción por el arte, en este caso la literatura y la escritura de relatos. Tal vez, por esta vía los jóvenes no corran a velocidades aterradoras y se tomen el tiempo necesario para reflexionar sobre lo que esperan para su vida, en amistad con un saber.

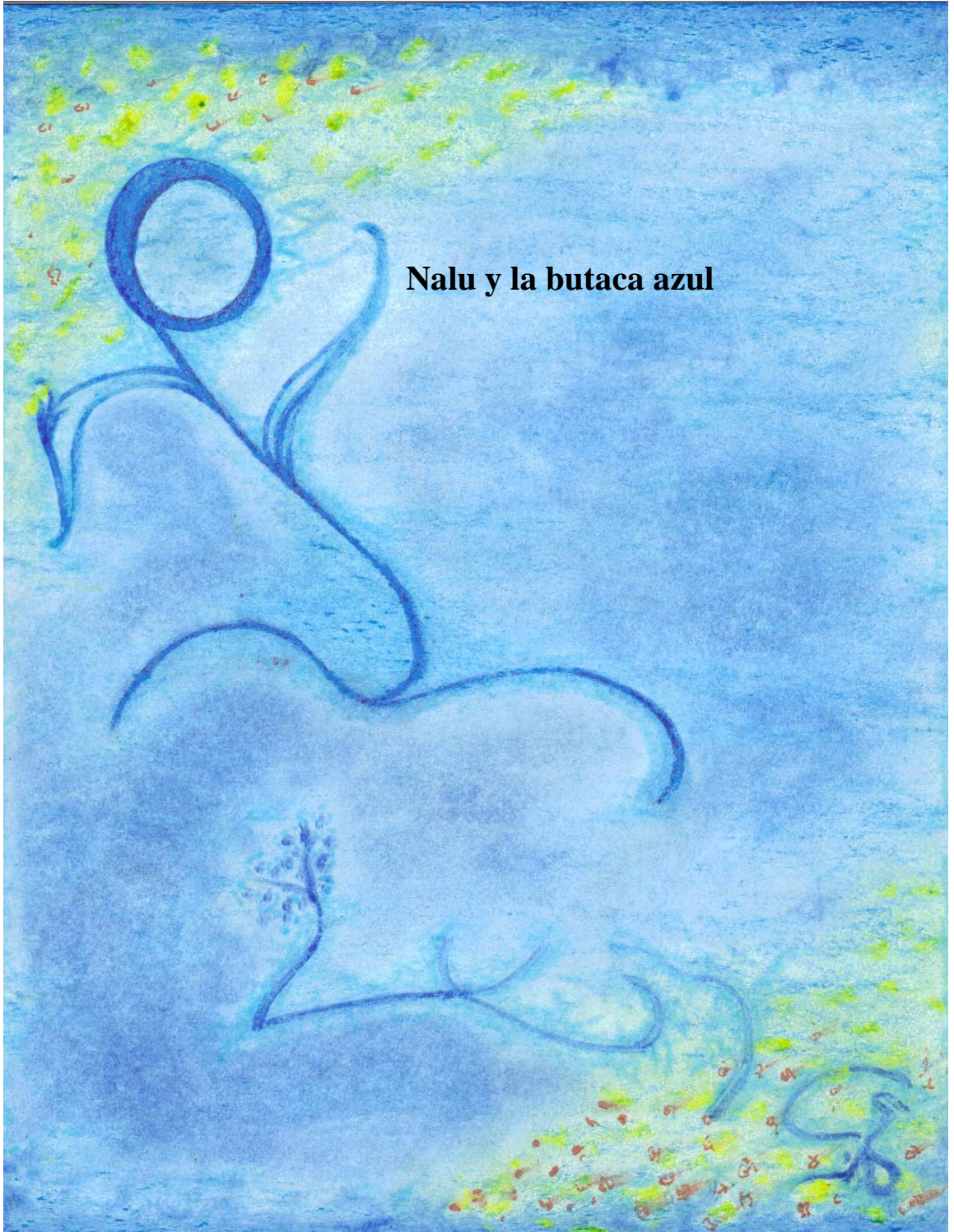
Lo bello de las amistades es lo que pueden llegar a significar; lo importante es trascender la realidad para que, desde ese punto, se pueda caminar junto a una pedagogía de las sensaciones², ya que si se acude a la alteración sensorial y a la mirada detallada de dicha alteración, es posible entender que efectivamente hay realidad, y trascender esa efectividad es un reto que implica la significación en tanto se pisa la tierra sin dejar de soñar, sin dejar de tener expectativas que hagan de las figuras entes con los que se pueda establecer una comunicación mediante la transformación de su imagen.

Al asumir este proceso como práctica en referencia a la creación literaria, las ilustraciones también son parte de mi experiencia en la concepción de la escritura.

² Se entiende por pedagogía de las sensaciones, al modo de enseñar que provoca efectos en los sentimientos de cada persona y que se relacionan con la memoria. Este concepto se relaciona con la propuesta de Fernando Bárcena y Joan-Carles Mèlich, sobre la educación como una pedagogía poética.

CAPÍTULO I

Relatos para niños



Nalu y la butaca azul

Figura 2.

A mi hijo

Estaba ahí, sentada sobre la butaca azul en el patio trasero de su casa; él la miraba por un segundo en la eternidad efímera de esa espera que era su esperanza.

Nalu era una niña muy callada, muy aislada, muy pasiva; tenía trenzas hermosas hechas con sus cabellos negros y largos; un vestido azul con adornos de estrellas, lunas y zapatos azules.

A Nalu le encantaba la noche, ella era de la noche. Todos los días se levantaba, aun en su quietud, pero muy animada a ver la mañana, las nubes, el cielo, el sol. Su mirada sólo se dirigía a la naturaleza. Ella decía que sus manos eran grandes como el arco iris y al moverlas se producían multicolores de sueños.

Así caminaba desde su cuarto, concibiendo un largo trayecto, porque, en ese espacio que se daba entre su cuarto y llegar a la butaca azul en el patio trasero de su casa, el cuerpo flotaba en medio de los laberintos que su mente creaba. Ella era tranquila; un día se levantó de la cama muy exaltada, con el sudor en la frente y en sus manos. Tenía fiebre. Aunque su salud ese día no era la mejor, su obstinación la llevó a la butaca azul en el patio trasero de su casa; aun así, se sentía mal y por momentos desistía de su intención, ¡pero no!, Nalu no podía vivir sin contemplar el universo. Nalu se levantó, se arregló, siguió su camino y le sucedieron cosas gratas para sus deseos. El primer paso que dio la hizo encontrarse con el suelo lleno de estrellas; ella se dijo: ¡estoy flotando, por fin estoy tocando el universo, por fin!, luego se halló con su butaca azul y vio que estaba frente a una nube gigante, se sentó sobre ella y allí sentada viajó por todo el universo que había deseado tanto recorrer. Él, como todos los días, la seguía mirando, hizo un ruido y Nalu por primera vez escuchó que le hablaba; en su mente soñadora vio como su amigo, su único amigo, al fin le había hablado. Cantaba y le decía que regrese, que no se vaya, que ya dejara de viajar pues ella podía salir a donde quisiera, podía jugar con la naturaleza, crear su universo en otros lugares, que él siempre la seguiría, a sus pies estaría y con él jugaría. Ella lo escuchaba y, de pronto, algo la llamó diciéndole: ¡te estoy viendo, te estoy escuchando y me das tristeza, ya no sigas sentada sobre esa nube, ya deja de esconderte, sal, brilla, brilla con tu sonrisa, sal o estarás hundida en la bruma, aquí en tu mente y nadie, nadie, solo tú te sacarás, si quieres! En ese momento llovió, Nalu sintió frío, miró la nube donde estaba sentada y ésta se desvanecía, el color azul iba surgiendo con gran brillo, era su butaca azul, sobre la cual siempre permanecía sentada esperando el encuentro con el universo, ese encuentro que acababa de sonreírle; volvió la mirada sin rumbo y se preguntó: ¿Quién me hablaba?, entonces su perro ladró, estaba sentado sobre los pies de la niña, le halaba el vestido y movía su gran cola. Ella se dijo: ¡En verdad, he estado viviendo en multicolores de sueños, he estado fuera de aquí, la fiebre me ha maldecido por un instante y he visto todo lo que no había podido ver, con la lluvia he despertado, estoy viva, brillando, estoy consciente. Soy la alegre niña olvidada de sí, soy Nalu!



Figura 3.

Eran las cinco de la tarde y Hoja no sabía nada de su amigo Viento; el día anterior habían quedado en encontrarse muy temprano para dar el primer saludo de la mañana. Ellos eran amigos desde el inicio y siempre se citaban un día antes para jugar; en el verano se divertían con mayor intensidad, en invierno preferían quedarse en quietud; en verano Viento se atolondraba y llegaba con nuevos juegos a divertir a Hoja con mucha fuerza. A Hoja le gustaba dibujar figuras con sus manos, mojarse y también limpiarse el polvo bailando; a Viento le encantaba correr, silbar, empujar a Hoja y hacerla batirse por todos lados. Un día sus padres decidieron hacer un viaje y fueron separados; a Hoja la llevarían donde llegan las cuatro estaciones, a Viento lo trasladarían al desierto.

Árbol, el padre de Hoja, le dijo que no llorara porque se secaría, y Clima, el padre de Viento, le dijo a su hijo que no protestara con sus silbidos porque donde estaban necesitaba de muchas energías para lograr permanecer. Así pasaron cinco días, luego siete meses, más tarde habían pasado dos años. Increíble que Hoja hubiera vivido tanto, ahora ella era un millar de hojas al contar su historia...

Un día Viento se encontraba moviendo la arena cuando vio unas huellas, eran pasos de humano y se preguntó: ¿será posible que alguien ande por aquí?, entonces decidió agitarse con más fuerza para encontrar al dueño de esos pasos, pero para eso necesitaba energías y le pidió a su padre Clima que le ayudara, entonces Clima le dio veinte mil soplos y así recuperó el ánimo; mientras tanto Hoja, en otro lugar, estaba llorando porque no llovía hacía muchos meses y se sentía fatigada, parecía desaguarse al crecer la sed demasiado, Árbol le decía que no se preocupara porque la lluvia siempre llegaba, sólo que en esos momentos había tardado mucho; Hoja le respondió: ¡si no hubiéramos dejado nuestro hogar estaríamos felices, porque allá teníamos muchos vecinos ríos y nuestra amiga Lluvia nos visitaría, además no sé a dónde se fueron las cuatro estaciones; allá tenía a mi amigo Viento y ahora no lo veo hace dos años, qué triste estoy! Entre tanto, Viento seguía los pasos para saber quién andaba por ahí, y, de repente, chocó con un hombre muy delgado y fatigado; ¡oye!, le dijo Viento al hombre, ¿y tú qué haces aquí?, el hombre le respondió: estoy perdido, me mudé hace dos años, y no encuentro el camino a casa; me han engañado porque pensaba haber viajado donde llegan las cuatro estaciones y se han perdido, ¿o seré yo el perdido? Viento, muy asombrado, le dijo que efectivamente estaba perdido, pues ahí sólo permanecía su hermano Verano y, de vez en cuando, llegaba la sobrina Lluvia, pero que no se preocupara porque él lo ayudaría a salir de ese problema; le dijo: viajaré con todas mis fuerzas y cuando mire el color verde vendré por ti. Clima, el padre de Viento le recomendó que se cuida mucho, porque se podía perder y causar un desastre; Viento le dijo que no se preocupara. Así viajó Viento, en medio del día luminoso y la noche confusa, llegando a un lugar que sólo tenía cuatro árboles y dos casas. Viento dijo: ¡buenos días señores árboles!, ¿ustedes conocen a un hombre delgado, con barba y que usa un sombrero blanco?; uno de los árboles respondió: ¡claro, es nuestro dueño y hace días que no lo vemos! Mientras tanto Viento escuchó un ruido, era un llanto, Hoja lloraba porque estaban muriendo; entonces Viento le preguntó a Árbol por qué lloraba la hija, Árbol le contó lo

sucedido, en ese momento Viento recordó a su amiga Hoja y le envió un soplo, ella de inmediato lo recordó y en un remolino se saludaron. Viento le dijo a Hoja: ¡pero estás muy flaquita Hoja, parece que no has merendado hace días! Ella le dijo que no eran días sino dos años de sed los que la fatigaban. Viento les dijo que iría por el señor y luego hablaría con su padre Clima para que hable con sus hermanas Nubes y ellas fueran a visitarlos con sus hijas Lluvias. Hoja le preguntó si volverían a verse y Viento le respondió: ¡un hombre nos separó, él provocó nuestro reencuentro y él mismo nos volverá a separar; por su causa el tiempo ha cambiado y seguirá cambiando; mientras tanto, todos seguiremos siendo amigos y a cada movimiento de mi padre nos volveremos a ver!



Árbol cojo

Figura 4.

Árbol Cojo es el primer habitante de “El Refugio” al que saludan los visitantes, nunca había sido tocado, porque era prohibido. Cuando Carlos y María llegaron, el árbol dejó de pasar inadvertido ya que ellos se interesaron por él, mejor dicho por sus huéspedes.

Carlos, María y sus padres llegaron un día a temperar a “El Refugio”, en el Noroccidente Amazónico colombiano. Al principio sintieron mucho temor de la selva, lloraban y le pedían a sus padres regresar de inmediato a casa; ellos nunca habían sentido el fuerte rumor del río, tampoco habían visto tanto árbol junto y jamás una serpiente arrastrarse; los padres de los niños dijeron que esa era una experiencia importante, que no se preocuparan porque estaban acompañados por Tomás, un guía del lugar; además, el lugar en el que estaban no era precisamente la selva, solamente era la periferia; el centro era mejor respetarlo, de lo contrario, así como un torbellino podía succionarlos y ...

Cuando Carlos y María salieron a dar un paseo con sus padres y con Tomás el guía, vieron guacamayos, árboles de distintos tamaños, monos, muchos bichitos; Carlos dijo emocionado: - ¡son reales; mira María, son de verdad! -. A lo que María respondió frunciendo el ceño: - ¡pero son feos, no se parecen a los de la tele, además no creo que hablen! -. En ese instante, en que la civilidad de los medios de comunicación intervino, Tomás miró de reojo a los niños y les dijo: - pero estos bichitos sí sienten - . Carlos soltó una carcajada y empezó a cantar: - bu, bu, bu, María es una burrrrr...- Entonces María gritó a sus padres en señal de queja porque su hermano se burlaba de ella y sobre todo porque estaba muy cansada y quería volver al rancho. Tomás sugirió volver y terminar el recorrido al otro día; entre tanto, María seguía desanimada, sólo deseaba regresar a la ciudad. Por su parte Carlos, después de haber regresado de la corta caminata, pujaba tratando de subir a un árbol muy alto para, como él dijo, medir su “fuerza ultrapotente”. Después de tanto esfuerzo, logró avanzar dos metros y cuando vio hacia abajo, sintió un vértigo que no supo comprender y cayó; al estar en el suelo, notó que el árbol se inclinaba, sintió curiosidad por saber qué ocurría pero ya era hora de ir a dormir.

Carlos se acostó, empezó a hablarle a María de su deseo de subir muy alto y ella le preguntó: - ¿a dónde quieres subir muy alto? -. Carlos le dijo: - al árbol cojo que hay allá afuera - . María entonces cuestionó: - ¿De qué árbol cojo hablas?
- De uno que está afuera, que se inclina y parece cojo.
- Cojo, cojo, si caminara y se inclinara al hacerlo, así podrías llamarlo cojo, pero es un árbol, Carlos, así que no delires más y duerme ya.

Al otro día Carlos fue directo al árbol a investigar por qué se inclinaba. Al trepar, sentía una sensación de gusto que le animaba a subir más y más alto. Mientras, Árbol sintió un raro peso y despertó. Entre tanto las nubes pesadas anunciaban una fuerte lluvia y los padres de Carlos lo llamaron para que se resguardara, Carlos bajó del árbol y sin descubrir nada fue al rancho. La lluvia cayó con la fuerza del viento y acarició a Árbol, que sintió una fuerza extraña; era la remoción de sus raíces. Cuando pasó la lluvia y un sonido suscitó el interés

de María, ella se acercó a la ventana y oyó un canto muy agradable, corrió a ver a sus padres y les comentó, ellos la escucharon pero siguieron charlando con Tomás para organizar la próxima salida. Carlos se interesó, se asomó a la ventana y también escuchó el canto y le dijo a María:

- Tenemos que ir a ver qué es -. María accedió y salieron, vieron hacia arriba, pero no notaron nada hasta que llegó la noche. Al otro día el canto despertó a los niños y salieron nuevamente a ver; Carlos subía y caía, subía y caía, hasta que terminó llorando, en ese momento los padres escucharon el llanto y fueron a ver. Encontraron a su hijo llorando y a María parada a su lado y preguntaron:

- ¿Qué pasa hijo, por qué lloras? - Carlos respondió: - es que hay un canto que María y yo queremos descubrir, saber de dónde viene pero siempre me caigo del árbol sin ver nada...- Entonces los padres buscaron a Tomás y le preguntaron si podía subir al árbol y ver lo que provocaba el sonido; Tomás respondió que eran pájaros y que el nido estaba muy alto, así que no era necesario subir. Los niños lloraron porque querían ver a los pájaros.

María murmuró con súplica:

- Queremos tenerlos en la casa, ¿podemos llevarlos? - Tomás sugirió que era mejor que no y les dijo:

- Si ustedes los alejan de su hogar se pondrán muy tristes y dejarán de cantar, entonces ustedes también se pondrán tristes. - Objeción a la que Carlos respondió:

- Pero nosotros no queremos que los pájaros estén tristes, queremos escucharlos cantar. - La mamá de los niños estuvo de acuerdo con Tomás pues era mejor dejarlos en el árbol, verlos desde el rancho y desde ahí disfrutar su canto. Tras lo cual todos entraron para alistarse y hacer el último recorrido por el lugar.

Salieron y disfrutaron del lugar, a pesar de que María seguía incómoda por los bichos, mientras Carlos agarraba hojas y piedras para llevarlas al ranchito. Así pasó el tercer día de viaje, en espera del regreso a la ciudad.

Carlos le habló a María de su inquietud por el árbol y su inclinación, entonces María le dijo que tal vez el árbol estaba inclinado por el peso del nido. Ante esta ocurrencia, Carlos abre sus ojos y le dice:

- ¡Claro, ya sé qué haremos, le diremos a Tomás que el árbol está cojo y sufre por el peso del nido y que nosotros podríamos ayudarlo si nos permite llevarnos el nido a casa! -

Trazado el plan, ambos saltaron de alegría.

Al otro día salieron, hablaron con Tomás y sus padres, comentando lo pensado, a lo que el guía respondió:

- Niños, ustedes deben saber que los pájaros necesitan estar en lo alto, así se sienten libres; además, el árbol también necesita de ellos, de lo contrario se sentiría vacío; la naturaleza tiene sus procesos y los humanos los nuestros; si entendiéramos eso, la vida natural no estaría en riesgo de extinguirse, la vida humana tampoco y sería más fácil entender que los bichitos también cumplen una función más importante que entretener. Es necesario entablar

un contacto real con ellos, no virtual. Realizar un viaje que no sea un mero recorrido sino un encuentro con la tierra.

Desde ese viaje llaman al árbol, Árbol cojo, y no cojea, acoge.



Figura 5.

¡Tengo frío, tengo frío! Gritaba Enrique, tratando de llamar la atención de sus padres, pero ellos sólo lo miraban desde el regazo del sofá de Lucía. Enrique era el hijo menor de la familia y Lucía era la hermana mayor; quien trabajaba diseñando vestidos para los trabajadores de una prestigiosa distribuidora de arroz. Los empleados debían, según lo creía el gerente de la distribuidora, vestir de acuerdo a la naturaleza del arroz y a todo lo que ese grano podía transformar. El arroz, decía: es la pequeñísima sustancia que nutre al mundo, es el as alrededor del cual danzan las verduras, las carnes, los tubérculos, los aliños. Sí, definitivamente el arroz es un magnífico grano, por eso los empleados deben vestir con sabor y deseo; eso proyecta vida a los compradores de arroz..., esas eran las palabras del gerente de la Arrocería Express.

Lucía era buena dibujante, se encargaba de vestir a los funcionarios, tenía que diseñar veintitrés vestidos; diez femeninos y trece masculinos, incluido el del gerente.

Mientras ella trabajaba en el taller de su casa, escuchaba al fondo unos gritos, era su hermano Enrique, quien había decidido salir al patio cuando llovía y duró tanto tiempo en el patio jugando que sintió congelarse, así que empezó a gritar y llamar a sus padres quienes le habían advertido de no salir porque se mojaría, ellos lo dejaron para darle una lección y así aprendiera a escuchar las sugerencias; entre tanto, Lucía se exasperó por los gritos y salió al patio para ayudar a su hermano, lo cobijó con una toalla, lo cargó y llevó adentro, lo cambió de ropa y por fin dejó de gritar. Lograda la calma, ella volvió a su trabajo; Enrique fue tras ella y se sentó a un lado para verla trabajar, ella seguía cosiendo...

- Enrique - dijo Lucía, ¿por qué te estabas mojando?- Él respondió:

- Es que quería jugar y como mis papás están ocupados pensé que, de pronto, si me miraban mojarme dejarían de ocuparse para cuidarme - Lucía replicó:

- ¡Pero eso no está bien, tú ya tienes cinco años Enrique y tienes que ayudarle a mis padres, ¿no ves que ellos también tienen que pasar tiempo juntos y hacer muchas cosas para que todos estemos bien? - Enrique siguió hablando:

- Sí, pero ellos siempre están ocupados y tú también, nadie juega conmigo, quisiera que me acompañen y se diviertan, jugar solo me aburre mucho. - Entonces dijo Lucía:

- Hagamos un trato, cuando termine aquí con este trabajo te acompaño y jugamos un rato para que no estés triste, pero ahora quédate quieto y acompáñame, así me rinde y termino rápido. Mientras, en la empresa, todos hablaban sobre el nuevo vestuario y se imaginaban cómo sería, pues para ellos Lucía no era gran diseñadora, creían que era muy simple. - ¡Ojalá, - decían- que la ropa no sea tan insípida como ella y en vez de sazonar el ambiente lo resume! - En el fondo estaba el gerente escuchando y les corrigió:

- Ustedes no conocen a Lucía, ella es una muchacha muy dedicada, lo que pasa es que casi no habla con nadie, pero ya les enseñará cuando muestre su trabajo... - los empleados, con gestos de duda, fueron a atender a unos clientes que se acercaban y ahí terminó la polémica.

Lucía cosía y cosía. Enrique cayó vencido por el sueño, en ese momento la luz del horizonte llamó a Enrique a jugar, él corrió por un sendero muy florido, observó a unas personas vestidas con frutas, verduras, tubérculos y carnes; las señoras vestían con verdes faldas de lechuga y amarillas blusas de maíz, otras con faldas de coles, blusas de plátano, otras con cebollas largas para tapar las nalgas y blusas de acelgas; también adornaban sus cabellos con granos de fríjol y de lenteja. Los hombres vestían con taparrabos de colinabo y con guangos de perejil. Lo único que no se atrevían a tocar era el arroz, el arroz los mantenía en pie, debían cuidarlo; aunque les diera abrigo ellos preferían aguantar frío que malgastarlo; Enrique saludó a las gentes del lugar y ellos correspondieron al saludo, las luces del lugar cubrían al niño con lazos de ardor y heladas, las gentes al verlo lo cubrieron de lechugas, maíz y le dijeron: mira niño, aquí esas ropas extrañas no te sirven, las verduras y las carnes son lo único que nos ayuda con las temperaturas, mejor dinos de dónde vienes para ayudarte a regresar. Yo, dijo el niño, vengo de mi casa, estaba observando a mi hermana coser unas ropas y no recuerdo más. ¡Ah!, dijeron ellos, bueno, entonces ya recordarás y volverás; en este momento vamos a dar un paseo para que conozcas. ¿Cómo se llama este lugar?, preguntó el niño, - El Adobo - , dijo el mayor de los hombres; huerta de las potentes fibras del cuerpo; vamos niño, vamos a conocer el lugar...

El verdor de las plantas saludaba a Enrique como si el lenguaje no les fuera ajeno, los colores vitales del alimento sonreían a su paso, con el maíz, el plátano, la yuca, las frutas, la papa, el fríjol, la lenteja, la arveja y demás especies de seres que no hablan pero nutren para hablar. Los ojos de Enrique acogieron entre velos el rostro de Lucía, entonces recordó y dijo: - ¡mi hermana está cosiendo unas ropas para unos señores y deben tener la esencia de las verduras! - Les contó todo lo que su hermana le había dicho y la gente comentó: - qué raro, nosotros somos los únicos que podemos vestirnos con esas esencias pero, es una buena noticia, tal vez de esa manera la gente reconozca el valor de los alimentos y los ame tanto como los desea. Ten, dijo un anciano, es una semilla que tiene cierto aliño, consévala y sazonarás todo a tu paso, pero no te excedas o amargarás todo. - Mientras el anciano le hablaba, Enrique vio que una trituradora se le venía encima, saltó y cayó del sofá. Lucía dejó de coser y se levantó de la silla para ayudar a su hermano...

- Ja, ja, ja - , soltó Lucía una risotada y dijo a su hermano: - ¡Enrique, te dormiste y no me di cuenta! - Se sentó con él, le sacudió la cabeza y volvió a su trabajo. Enrique en ese momento se sobaba los ojos y dijo a Lucía:

- Tuve un sueño muy bonito.

- ¿Ah, si? ¿Y qué soñaste?

- Que estaba en un lugar lleno de plantas y la gente que vivía ahí se vestía con ellas.

- ¡Con plantas! No entiendo, ¿cómo?

- Habían plantas; maíz, plátano, se adornaban con fríjol, lentejas, se cubrían con repollo, en fin, con todo eso.

- ¡Dirás gracioso y raro!

- Es que hablé con ellos, me mostraron el lugar; un anciano me regalaba una pepa y yo la guardaba en este bols... Enrique introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y ahí estaba, abrió sus ojos, saltó y dijo:

- Mira Lucía, la tengo, ¿ves? Es la pepa que me dieron en el sueño...
- Seguro la guardaste cuando jugabas en el patio.
- Es del sueño Lucía, tienes que creerme. En el sueño recordé lo que me contaste de tu trabajo y yo les conté a las personas que miré, entonces un señor me dio esta pepa, dijo que era una semilla que sazónaba todo.
- Ya Enrique, ahora vete a tu cuarto, déjame trabajar y realiza tus tareas.
- Como quieras.

Enrique se dirigió a su cuarto triste porque su hermana no le creyó; entre tanto, Lucía sintió pena porque fue muy dura con su hermano, dejó de coser y fue a buscar al niño. Tocó la puerta, Enrique abrió. Lucía lo abrazó y dijo:

- ¡Qué te gustaría hacer con tu semilla!
- Hummm....., usarla para tu trabajo, tal vez te rinda más y, si terminas rápido, puedes jugar conmigo.
- Bueno, puedes usarla; de todas formas, sólo es una semilla...
- ¡Síííí! Ya sé lo que lo que haré con mi semilla.

Llegó la noche y Enrique aprovechó que sus padres y Lucía dormían para salir, frotó la semilla sobre las telas de su hermana con mucho cuidado y se fue a dormir.

Al otro día, muy temprano, un ruido lo despertó; era su hermana que estaba cosiendo.

Enrique la saludó y dijo:

- ¿Por qué trabajas tan temprano?
- Ay Enrique, porque estas telas son preciosas y no merecen estar amontonadas.
- Qué bien, ¿ves?, te dije que la semilla sazónaba todo; anoche la sobé sobre las telas y me fui a dormir y hoy son hermosas. Lucía para no desanimar a su hermano, le dijo:
- Es muy bueno que me hayas ayudado, seguro terminaré antes de lo previsto.

Enrique fue saltando a donde sus padres. Lucía se quedó pensando y preguntándose si sería posible lo que le contó el niño. A los dos días había terminado los vestidos y se dirigió de inmediato a la Arrocera Express. Los empleados la vieron entrar, la saludaron como nunca. El gerente también la saludó, recibió el material y le entregó los honorarios. Lucía se despidió y volvió a casa; pasaron los días y la Arrocera Express se convirtió en una empresa seductora para todo el mundo. El gerente decidió contratar a Lucía para que se encargara de la publicidad y la renovación de diseño de la empresa; estaba muy sorprendida y recordó el sueño de su hermano, pensó que tal vez había sido cierto. Regresó a casa con la noticia del trabajo que le había ofrecido el gerente, del éxito de la empresa y entonces dijo a su hermano:

- Enrique, ¿qué hiciste la semilla que tenías el otro día?
- La tengo guardada en mi ropa, ¿por qué?
- No, por nada, guárdala bien, no la pierdas.
- Sí, cuando quieras te la presto, pero no te la regalo.
- Claro, porque fue tu sueño, cuando la necesite te la pido.

Lucía salió al patio a colgar una ropa que su mamá había lavado, vio en el piso los juguetes de su hermano y decidió guardarlos; en ese momento cayeron unas pepitas parecidas a la semilla que tenía Enrique, las alzó, las tocó y sonrió.

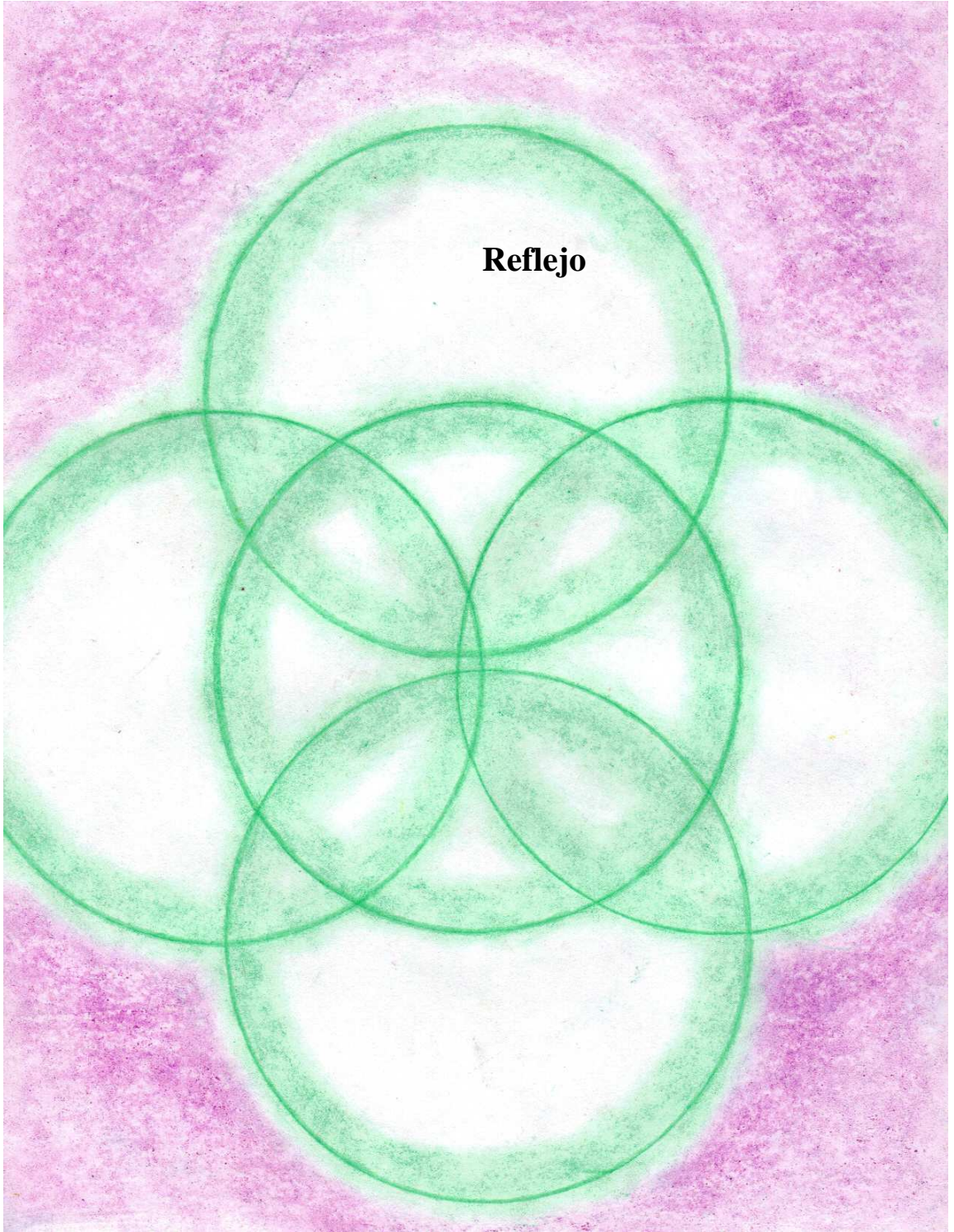


Figura 6.

Yo, por supuesto, soy un espejo que guarda miles de secretos y miles de espantos; tengo los colores de la vida, de una puerta, de un techo, de otro espejo y de muchísimas caras que me han alegrado y espantado. Llegué aquí hace dos días y estoy quieto, antes me movía mucho, estaba a punto de enloquecer por tantas miradas, tantos gestos, tantas palabras: ¡charlas de tontos que creen que yo, yo podría responderles, y tal vez lo he hecho, a mi manera, claro! Y ahora ni siquiera me he movido, solo me acompaña ese maderito que me hace dormir por su quietud; ¿qué sería de nosotros los inanimados sin los animados?, sería nuestra muerte verdaderamente definitiva...

Nadie me toca, ¿para qué me han traído aquí?; ahora les digo: ¡no he de dejar de hallarme aquí, ustedes envejecerán, yo veré pasar su tiempo, sus días, su historia, sus sufrimientos y alegrías, y, por supuesto, también sus bellas y horripilantes caras!

Bueno, tendré que esperar la mirada de algo, ya ha de llegar, nadie puede vivir sin mirarse. Me siento perturbado, ¿pues es que nadie vendrá a encontrarse...? Un momento. Se escucha un ruido, son pasos, puede ser una persona o un animal, ¡pero ya!, mírense ya en mí, ¿que no ven que me consumo sin poder derrocharme si no vienen a verse? Entonces el espejo que se lamenta se mira de frente con otro espejo más grande que él, más limpio; es decir, un espejo nuevo. Ahí el espejo tuvo el movimiento y las miradas que tanto extrañaba, sus últimos reflejos fueron para otro espejo, él sería cobijado con un manto blanco y enviado a descansar al lugar del olvido. El espejo, para consolarse, se dijo: claro, esa cara que me ha reemplazado la he visto muchas veces, ya sabía yo que llegaría el día en que me apartaría, esa cara está vieja y arrugada, conmigo al lado más vieja se vería, pero yo he servido a miles de fachas y pensé que nunca dejaría de hacerlo; ahora también he envejecido, estoy opaco, tengo manchas, rayas; tengo huellas por todo lado y si alguien se mira en mí marcado se vería, ahora sólo queda la espera de un fatal movimiento que me deje en pedazos y multiplique mis sufrimientos. Yo ya no soy un espejo, pues he quedado ciego...

CAPÍTULO II

Relatos para adolescentes y adultos

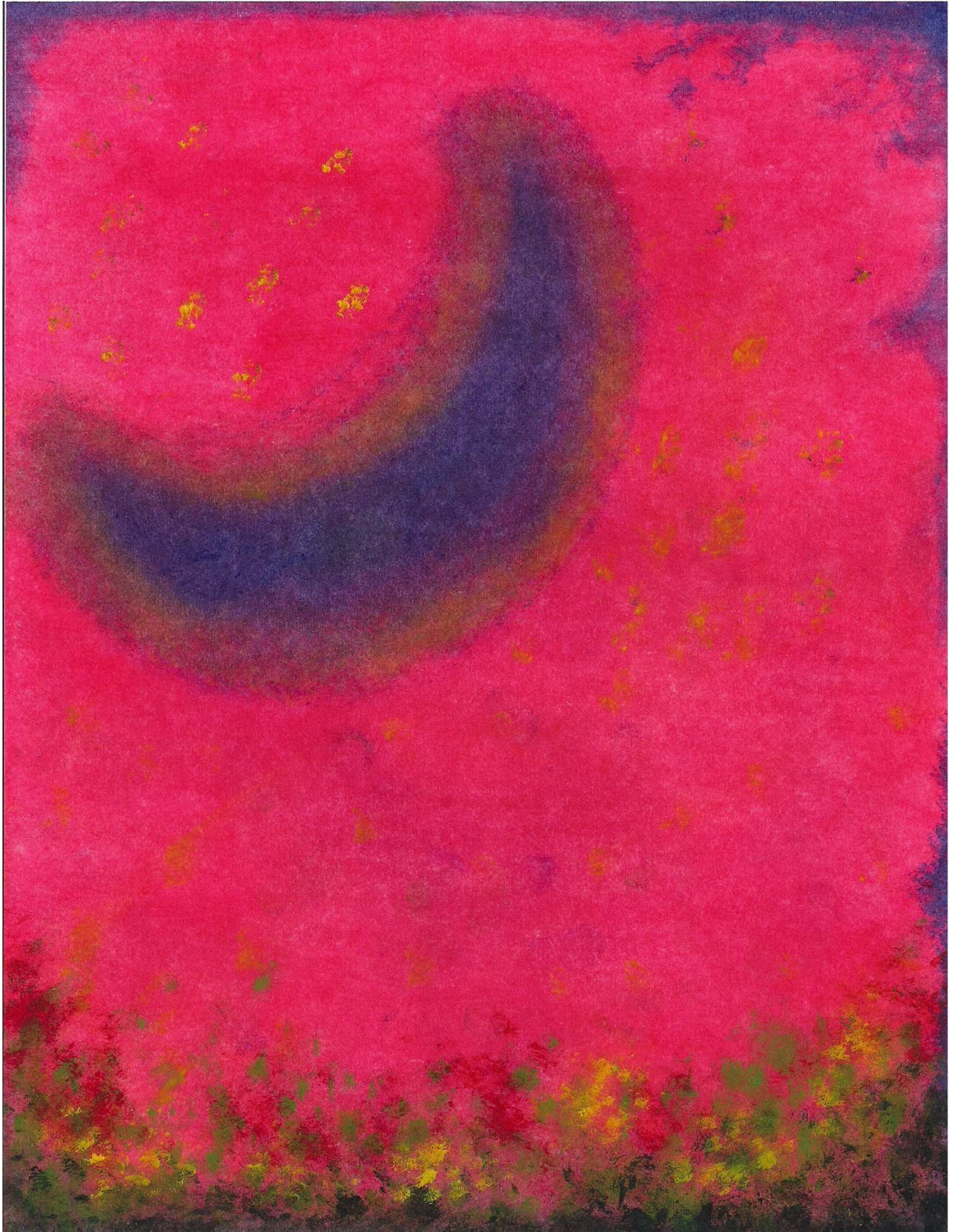


Figura 7.

Tangenio acostumbraba escribir tres horas cada día; así pasaba el tiempo en su casa de adobe, acompañado de dos gallinas, dos perros, dos ollas, dos árboles en su jardín, dos vacas, dos caballos, dos y dos...

Todo a su alrededor se contaba de a dos y él seguía escribiendo sin cesar; lo único que tenía de más era sus cinco libros, en que por cierto, en ninguno había una historia clara. Un día decidió escribir algo que sí tuviera una historia con una intención, pues quería dejar de divagar. Ya decidido, empezó a adecuar sus dos mesas; las dos gallinas, los dos perros, los dos árboles seguían a su alrededor. Sin ningún cambio vivía en medio de las montañas, de donde sólo salía cuando necesitaba sustento.

Ese día que decidió escribir vio que necesitaba materiales nuevos, ya que iba a iniciar algo excepcional; por eso Tangenio salió de su casa dejando a sus compañeros y montado en su caballo se fue al pueblo; al llegar se sorprendió del corto camino que había recorrido pues tan sólo se había demorado una hora en llegar. En medio de su búsqueda encontró una papelería, que llevaba por nombre “La Non”, entró, consiguió lo que necesitaba y de inmediato volvió a casa; de lo que Tangenio no se percató, fue del lugar al que había entrado a comprar las cosas que, a propósito, también compró en pares, ni de quién lo había atendido y menos vio que ahí las cosas también eran pares.

Emprendió el regreso a casa y mientras cabalgaba iba pensando en lo que escribiría y en voz alta se decía a sí mismo: - ¡será algo magnífico, diferente, genial como soy yo; sí, mostraré mi genialidad, estoy seguro! -

Luego, halándole las riendas al caballo recordó cómo hacía varios años, serían doce, sus padres habían fallecido, cómo vivía en el campo con lo que éste producía, recordaba todo y en un suspiro sintió un vacío en el cuerpo, paró un momento para tomar nuevamente las riendas y siguió. Al llegar a casa, saludó a sus acompañantes y estaba dispuesto a escribir, pero antes debía darle de comer a los animales y también alimentarse él. Fue a la cocina, preparó algo, llegó la noche, se sintió muy cansado y mejor se fue a dormir. A la mañana siguiente iba a escribir pero los perros aullaban, las gallinas cacareaban, la casa necesitaba aseo, por lo cual dejó la escritura para después.

Así transcurrieron muchos días y, cuando por fin quiso iniciar su historia, vio cómo los materiales que había comprado estaban muy empolvados, se enojó mucho y decidió ir al pueblo nuevamente. Se despidió de los habitantes de su casa y viajó. Al llegar al pueblo vio que la tienda ya no estaba y cayó en el desespero porque no había otra en ese lugar. Pero Tangenio no se dio por vencido y buscó la tienda, caminó junto a su caballo, preguntó hasta que cayó la tarde, se resguardó en un andén y al caballo lo sujetó en un palo. Mientras estaba en el andén esperando que pasara el tiempo, escuchó un ruido: alguien abrió la puerta y salió una mujer que llamó a un tal Lucio y a una tal Lucy; entonces, pasaron corriendo hacia ella dos gatos, los acarició y los hizo entrar; cuando dio la vuelta para

entrar a casa, vio una sombra, preguntó quién estaba en el andén; Tangenio, muy apenado, se dirigió a ella y le pidió permiso para quedarse ahí; ella dudó un poco pero se decidió y le dijo que, si gustaba, podía quedarse en la sala; él le agradeció y entró.

Al estar ahí conversaron y Tangenio le contó por qué estaba en el pueblo. Ella le dijo: - ¡ah, esa papelería me parece conocida, creo que la cerraron porque ya no hay quién elabore las cosas que ahí había!, ahora usted tiene que viajar a la ciudad si quiere conseguirlas.- Tangenio le dijo que no lo haría, pues precisamente iba ahí porque las hacían ellos sin necesidad de salir del pueblo. Además, no podía viajar a la ciudad porque su creatividad moriría, pues sus padres le habían dicho que la ciudad mata todas las virtudes y por eso sólo podía viajar hasta ahí. Pasaron dos horas, la mujer le ofreció una bebida y mientras él la tomaba vio algo extraño en esa casa: ella no lo acompañaba tomándose también un refresco por lo que le preguntó si no tenía sed; ella le dijo que no, pero Tangenio por fin se dio cuenta de que no tenía otro vaso para tomar; miró que aquella mujer vivía de muy parecida forma a él, pero aun así no recordó el día que entró a la tienda.

Se despidieron y Tangenio volvió a casa muy triste, sus intenciones no podían traspasar los límites que esas montañas marcaban. Llegó a casa y nuevamente retornó a la rutina.

Pasó varios días cuidando la cabaña y un día llegó ella; Tangenio le había indicado cómo llegar, si algún día se animaba a visitarlo. Ella llamó, los perros ladraron y Tangenio salió. Muy sorprendido, la saludó y la hizo seguir a la casa. Ella le dijo: - ahora te diré mi nombre, me llamo Non; esa noche que hablamos vi cómo me buscabas con disimulo, me negué a decirte que era la dueña de la papelería - ; Tangenio dijo: - yo también vi en ti a mi par, qué buena es tu llegada; por favor, quédate a mi lado y seamos un par más - . Non sacó algo de su maleta y le dijo: - decidí cruzar el límite y te traje esto, pensé que te serviría - ; Tangenio vio que era papel y lápiz, se emocionó y le preguntó: - ¿esto te sobró de tu antigua papelería? - ; ella le dijo que no, que había viajado por él a traer lo que necesitaba; Tangenio se exaltó mucho, le dijo que no era posible, lloró desesperado y la sacó de su casa diciéndole que se fuera, que se llevara todo, todo. Non se fue sin consuelo.

Tangenio, con la neblina en sus ojos, se sentó en la mesita empolvada, cogió sus papeles viejos, su lápiz viejo...

Y heme aquí terminando la “genial” historia; veo mi soledad porque no pude ir más allá de las montañas y a quien lo hizo desprecié, herí a la mujer impar que viajó por mí. ¡Qué lástima, ella mató sus virtudes!

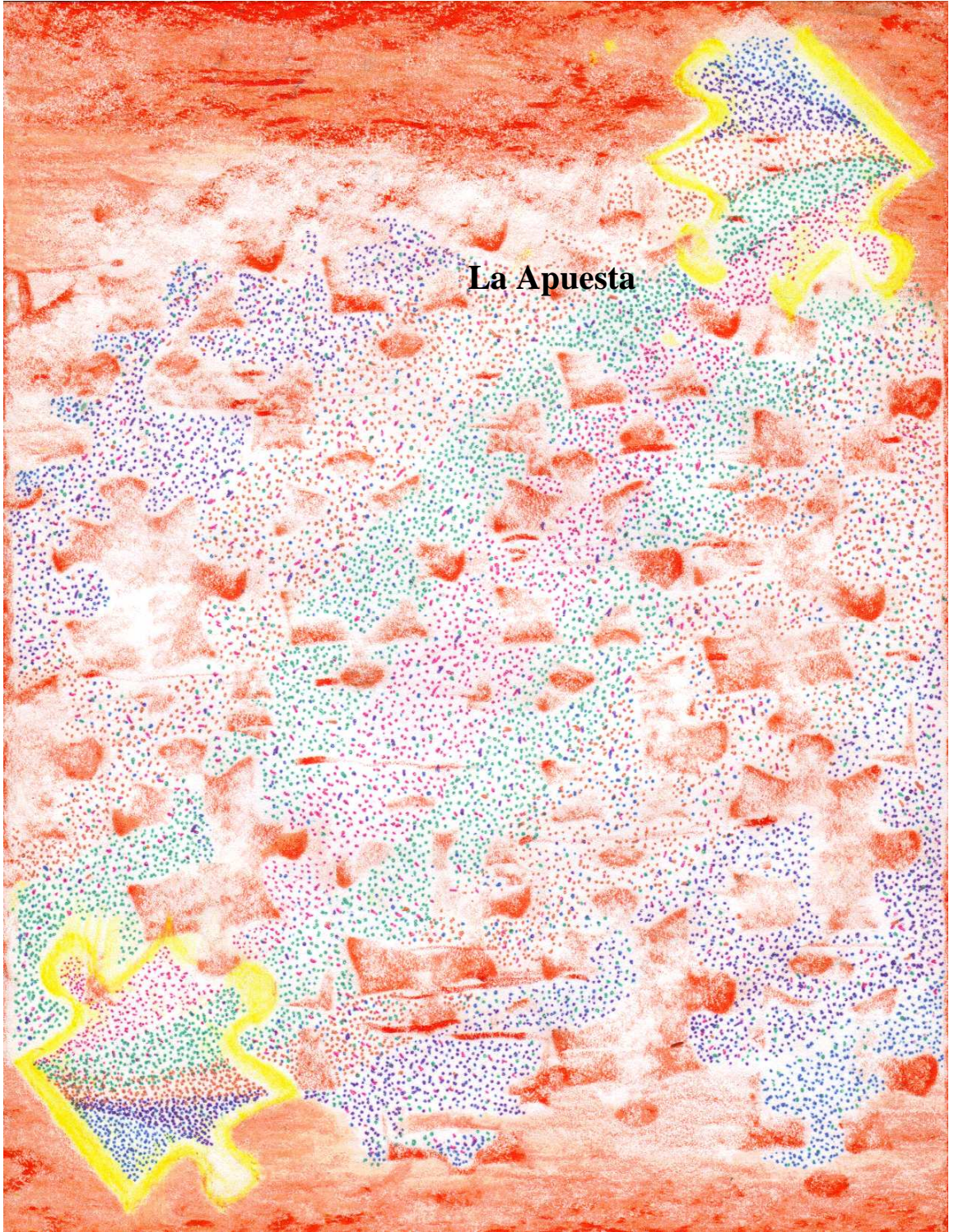


Figura 8.

En medio de dos hojas está Juana Inés tratando de escucharse y hacer danzar sus dedos, pero la quietud de su cuerpo le impide hasta el parpadeo y así pasa ella media hora; luego, con la simplicidad que sorprende, levanta su pesado cuerpo, da unos pasos lentos amenizados con el chirrido de las chanclas y va más allá; allá en el rincón de su sala para volver a la misma posición de antes.

Juana Inés se sienta en la esquina y mira fijamente las dos hojas que protegen su ancho descanso anterior. Ella quiere alejarse por un instante porque esas dos hojas: tan limpias, tan blancas y lisas, le roban la movilidad. Está sentada en esa esquina y llega don Pedronel, quien, al mirarla, le pregunta:

- ¿Qué haces ahí sentada?; ella le dice:

- Esperando que esas hojas se muevan con mi soplo, pues no puedo hacerlo con mis manos.

- ¡Pero, mujer!, ¿es que no tienes más qué hacer?

- Sí, tengo que lavar los platos, pensar, cantar, danzar, barrer, trapear, cocinar y...

- ¿No has cocinado?

- No. ¿No ves que estoy ocupada?

- Claro, pero yo vengo cansado y tengo hambre.

- Ah, cocina algo entonces, yo no tengo hambre.

Don Pedronel, muy angustiado, vio en la mirada de su mujer algo abismal, sintió miedo de perderla.

¿Estaría llamándola la locura?

Entonces don Pedronel salió y fue a buscar un médico. En la calle preguntaba a quien se le cruzaba: ¿usted es médico?, ¿usted es médico?, ¿usted es médico?, ¿usted es médico?...

Así pasó una hora, luego encontró al médico y lo llevó a casa. Al entrar le dijo a su mujer: traje un médico para que vea qué te sucede, a lo que ella respondió: ha pasado una hora y media, ¡te gané la apuesta por la hora de locura!

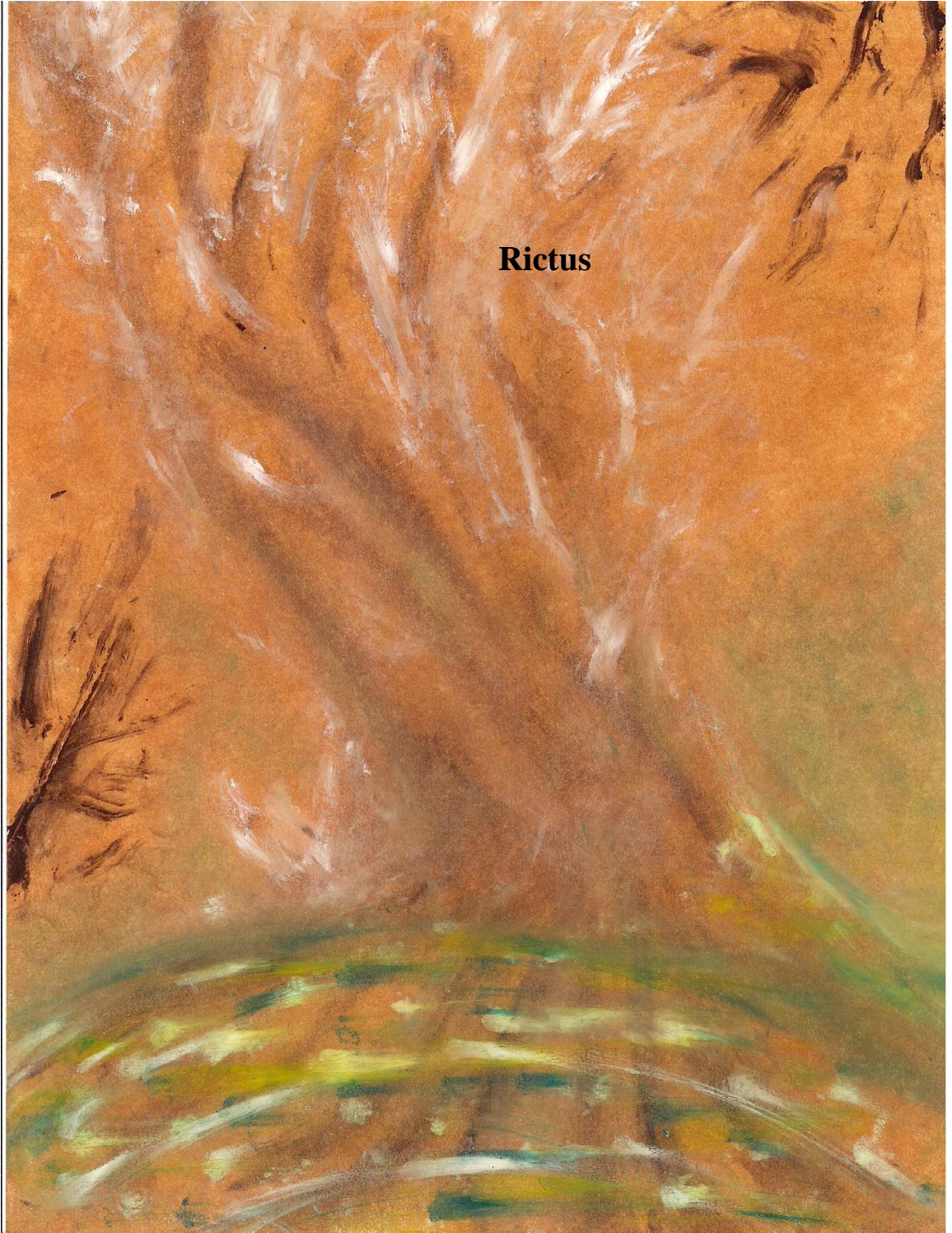


Figura 9.

Lipno queda al occidente de Varsovia, la capital de Polonia; ahí algo o nada podía ocurrir, pero cuando él aparecía lo trataban como a un gigante; igual que a un hombre interminable por la fuerza oculta de lo que su espíritu provocaba. Así palpitaban sus corazones cuando buscaban hablarle, con un latir explosivo y desbordante. Era Rictus, que con cada movimiento de su cuerpo incita, en quienes lo ven pasar, un intento por abordarlo y hablarle, deseo de caminar hacia él sin más fin que estar un momento a su lado.

Cuando Rictus salía de casa se decía: “yo soy una persona normal, no entiendo por qué la gente me mira, me sigue como a un ser extraño”.

Cansado de la situación, Rictus decidió que al regresar a casa les preguntaría a sus padres por qué la gente lo perseguía, pero no le hablaba, pues eso lo entristecía demasiado.

Al llegar a casa le dijo a su padre: - Papá, cuando salgo la gente se porta muy extraña a mi alrededor, ¿por qué será? - ; el señor simplemente le dijo que él era un ser maravilloso, que daba alegría estar a su lado y que no se preocupara ya que él sería grande. Rictus, no contento con la respuesta, pensó que al otro día iría a hablar con las personas que se reunían en las esquinas y lo veían.

Al día siguiente, salió, se dirigió a la gente y les habló; ellos, pasmados, no dijeron nada y, cuando él se alejó, rieron y se abrazaron como si celebraran un triunfo. Pero Rictus lloraba, pues no entendía la alegría de la gente cuando se retiró y tampoco entendió su silencio.

Llegó a casa y preguntó nuevamente a su madre lo que el día anterior había preguntado a su padre; ella respondió lo mismo que el padre, entonces Rictus lloró sin consuelo porque quería vivir de modo tranquilo y ser aceptado. Su madre no entendía por qué se sentía extraño si era muy normal. Un día los padres decidieron salir al caserío para ver qué pasaba, pasearon con su hijo y todo era normal, sólo que al pasar frente a un parque vieron en los rostros de unos niños algo extraño, esos niños tenían una rigidez extraña en los rostros, pero eran muy bien vestidos, limpios y, bueno, era todo común y corriente.

Volvieron a casa y todo siguió igual, pero Rictus seguía preocupado; pasaron los días y Rictus ya no era el de antes, estaba muy triste, entonces la gente ya no lo miraba ni lo seguía; Rictus notó eso y fue nuevamente feliz, pero la gente, al ver su alegría, otra vez empezó a asediarlo, el niño gritó a las personas que ahí estaban y empezó a llorar; el pueblo al verlo lloró también y un hombre le dijo: - no llore, es que usted brilla, llena el lugar que habita y se vuelve gigante al sonreír. De aquí la risa se fue en tren y se volvió humo, nuestros niños no ríen porque nosotros no lo sabíamos. Usted nos lo recordó. ¿Podría ayudar a nuestros niños a reír?

Rictus, al saber esto, dijo: - Y, ¿cómo enseñar a reír, si la risa brota de repente? - La gente le respondió: - Pero la diferencia es usted, que llega de tierras lejanas, tierras que no fueron masacradas.

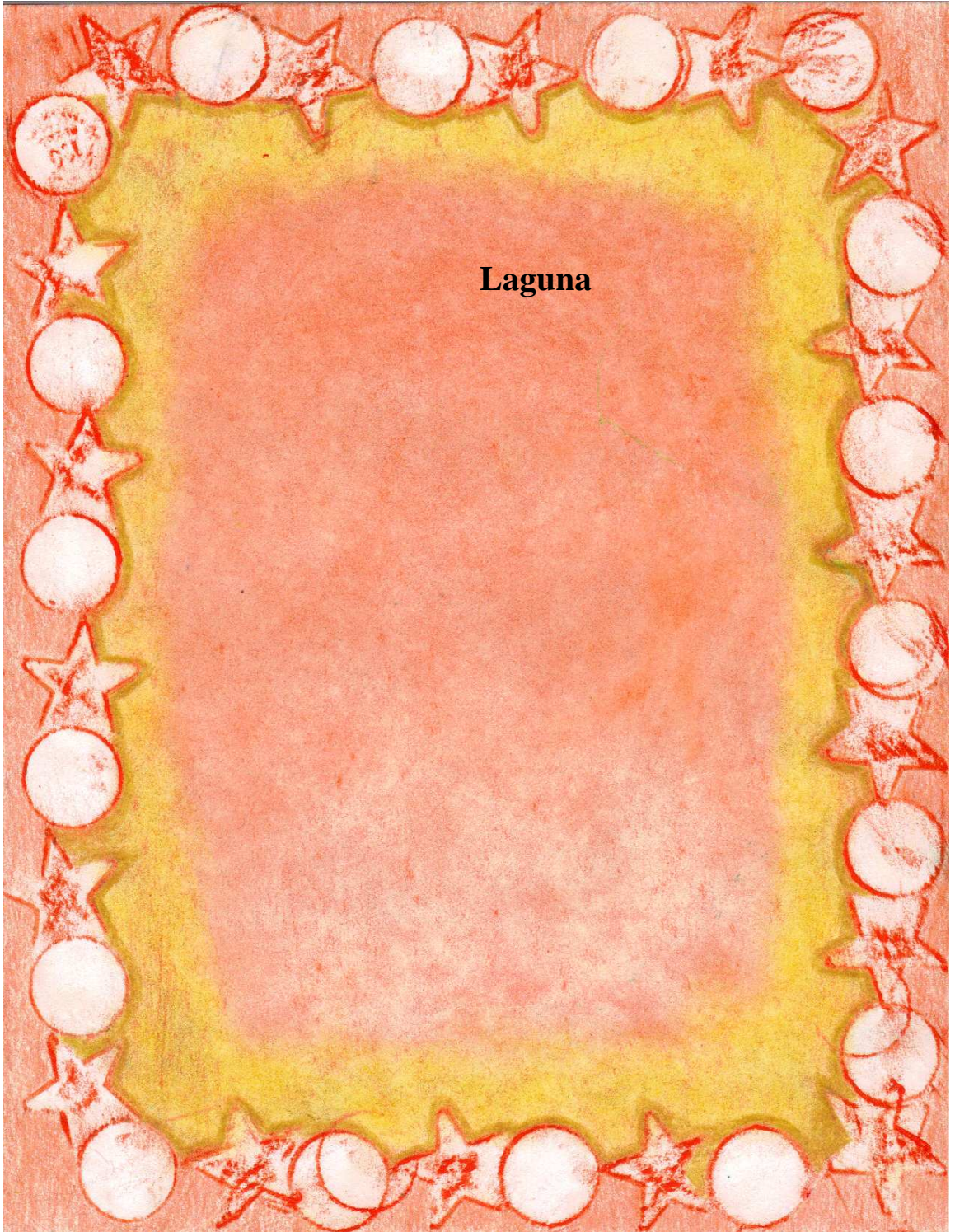


Figura 10.

Hoy ella tiene mil cincuenta pesos en su bolsillo derecho, se dirige al centro de la ciudad porque tiene que hacer unas compras y tardará alrededor de dos horas en llegar nuevamente a su hogar; el bus cuesta novecientos cincuenta pesos, así que le sobran cien pesos, con los que más tarde o más temprano que tarde ya se sabrá lo que hará.

Cuando ella llega al centro de la ciudad mira a su alrededor y la cantidad de gente es impresionante, unos hablan de lo caro que resultó el mercado, otros hablan de la pobreza, otros del carro que está en el garaje, de la misa que se celebrará en honor de un familiar perdido, y ella, ¿de qué habla ella? Eso tendremos que averiguarlo, porque con cien pesos de sobrante en el bolsillo derecho...

Y, mientras ella escucha a la gente, camina y aún no llega al lugar de su destino, recorre tres cuadras y a lo lejos observa un punto muy claro, es como si el sol apenas empezara a salir, siente curiosidad por saber qué ocasiona ese gran brillo y camina sin pensar en el objetivo de su salida al centro de la ciudad. Cuando llega al lugar encuentra diez bolsas tejidas con hilo dorado y un mensaje que dice: "bolsas para guardar cien pesos". Ella realmente no entiende nada de lo que ahí ocurre y decide irse, pero una voz la llama, le dice que deposite sus cien pesos ahí y que luego le serán devueltos; ella, muy confundida, llena una de las bolsas con su moneda y mejor se va, pero, cuando quiere ir al motivo de su salida al centro de la ciudad, suenan las bolsas, ella mira y en el lugar las bolsas se rompen y empiezan a rodar monedas, la gente corre para recogerlas y ella queda paralizada sin saber qué hacer; entonces, un frío en la frente sacude todo su cuerpo, se da cuenta de que está lloviendo y cómo la gente corre a escamparse, mira a su alrededor y ya no hay bolsas doradas ni monedas; esas monedas, al igual que un *Zahir*, la hacían soñar con mil monedas de oro llenas en diez bolsas repletas de dinero, pero todo había desaparecido cuando depositó su moneda de cien; en este caso, esa moneda era un presagio de lo que le ocurriría; al caer la noche entendió que su salida al centro de la ciudad no tenía ningún objetivo, perdía tiempo. Por un momento ansió recordar. - ¡Ea! - dijo, al llegar al hogar luego de una larga caminata: - eso, sólo fue una pesadilla de las tantas que tengo cuando los bolsillos se vacían. -

Los hijos que la vieron salir dos horas antes, la esperaban con el gran abrazo de una bata blanca que la protegía del frío. La señora se dejó abrazar y vio con amor a sus hijos; uno de ellos dijo: - ¡Cuando son esquivas, las monedas forman lagunas! -

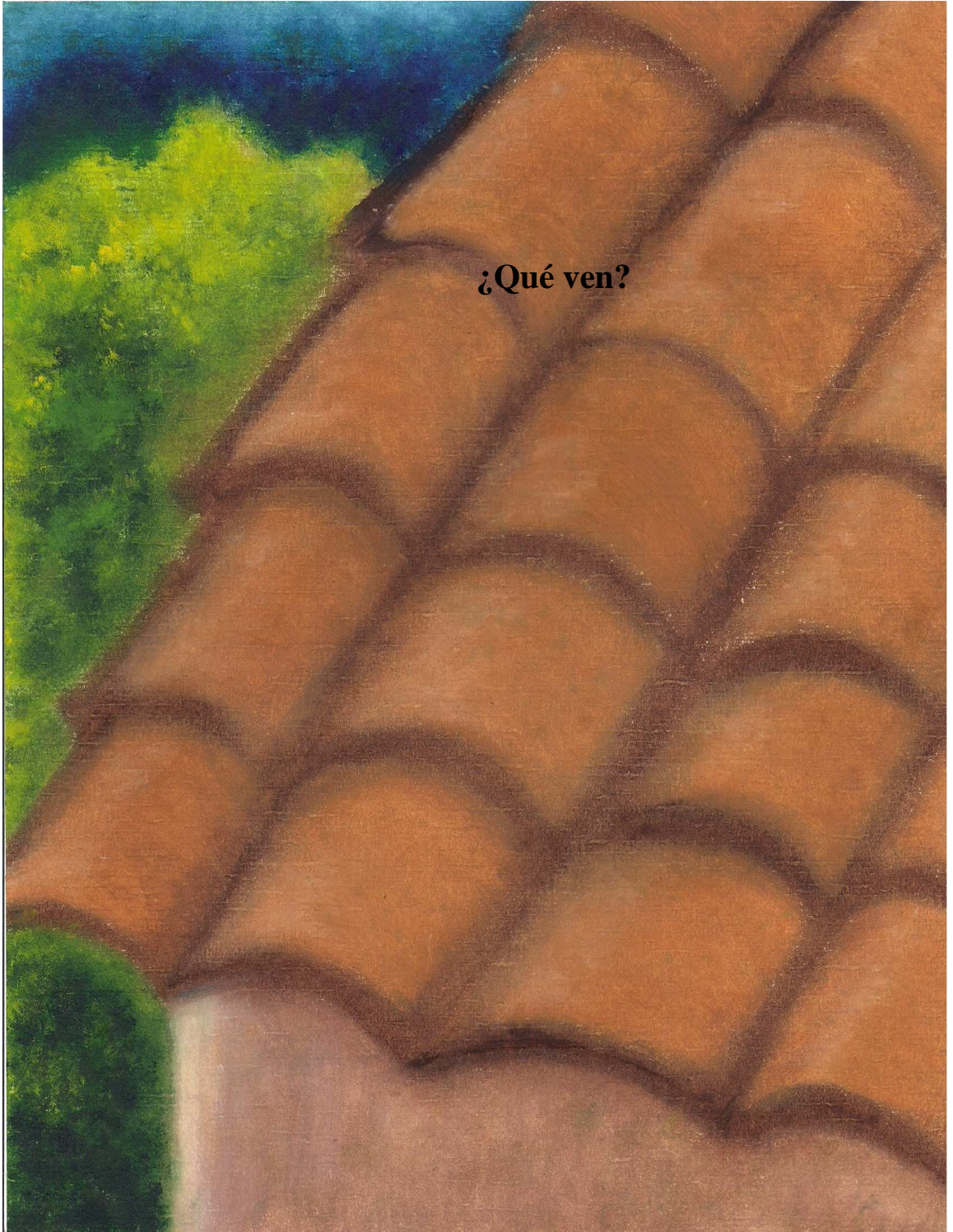


Figura 11.

¿Qué ven ustedes allá en el silencio de su mirada, qué ven ustedes en la lejanía de mi mirada? Ver aunque sea una roca y saberla inerte y saberla viva por mi ver, eso quisiera ver, un amanecer en la ciudad donde las luces de las lámparas se van desvaneciendo y una leve luz anuncia la llegada de la mañana, del día. ¿Y si el sol se negara a volar, si la luna usurpara su lugar, qué sería de la ciudad?

La ciudad seguiría gritando a través de los autos, de buses, camiones de carga, de motocicletas y del llanto tenue de los perros sin hogar; la ciudad seguiría cantando y sería el lugar de la noche que guarda para ella y los nocturnos, un nido de soledad que los acompaña en silencio. ¡Pero no! El sol sí llega y qu bien se siente, ha asustado las nubes y abriga el día. Los rostros se tornarán color rosa, otros rojo, otros tostado, otros estarán lánguidos, eso es lo que mi familia comenta cuando sale de paseo. Y, ¿qué es la ciudad en el día y qué es en la noche?, me pregunto cuando estoy cantando en la sala de mi casa, ¿en qué se diferenciará cuando es y sigue igual todos los días?

Sigue siendo y mis manos la tocan, la abrazan porque mi piel aprende los sentidos del mundo, mis labios su sabor, mis oídos su melodía y el olor recuerda el *collage* de esencias humeantes de la tierra. Sigo impaciente, la ciudad me inquieta, mis padres, mis amigos me inquietan, ¿seré un embelesado demasiado obstinado, acaso soy un pensador, un hablador o una nube que lucha por desvanecerse? Sólo puedo decir que soy un deslumbrado, sí, vivo deslumbrado en la penumbra de la ansiedad por conocer, me maravilla todo lo que hay, ayer estuve en el parque paseando a Sultán, mi perro. Sentí emoción de creer que aún se puede vivir, pues a veces siento la muerte muy, pero muy cerca cuando me doy cuenta de que el mundo nunca llegará a ser como otros lo describen. Qué mas da, ayer tuve la necesidad de actuar y estoy aquí, escribo algo que la ciudad me inspira. Han pasado dos días, ¿acaso el tiempo me ha cobijado con la tristeza de la espera? Tal vez ustedes estén tristes porque esperan que les hable de una gran hazaña vivida en la ciudad; pero no, sólo he tomado un poco de su tiempo para decirles que nunca los podré ver, pero que esta hoja lo acaba de hacer por mi.

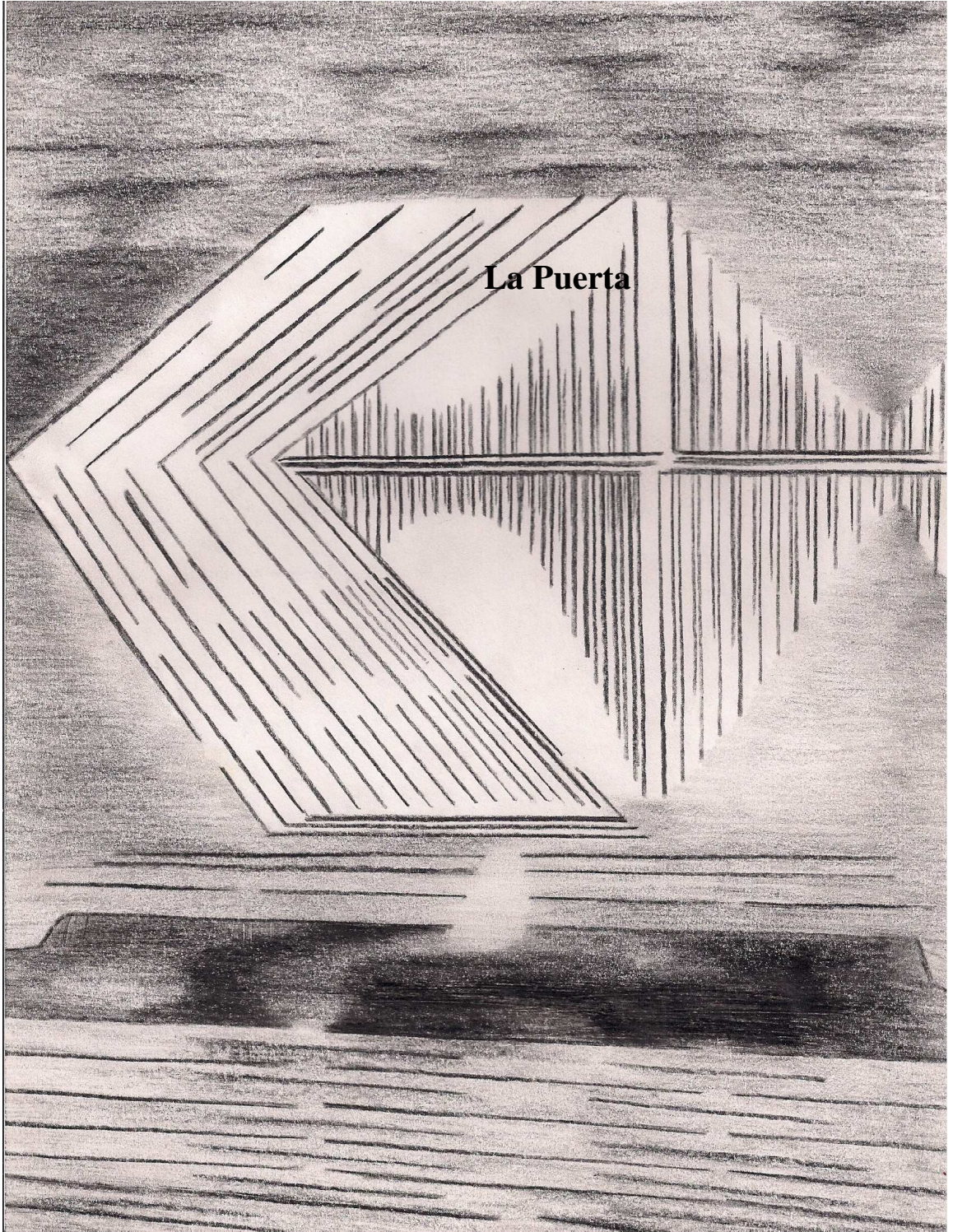


Figura 12.

Diez de diciembre de 2002, cuando caiga la noche lo haré, buscaré el instante de felicidad que me ha sido negado, dejaré a los acostados por un momento e iré a la fiesta, la fiesta de la Ama; dueña y señora de la felicidad, así hablan en el pueblo de ella, así pienso yo al verla.

Llega la noche, la señora cierra la puerta, se dirige a la casa del aliento y queda una vez más sin aliento. Él cuenta: - Hoy, cuando por fin creí lograr estar adentro, me vi totalmente fuera y con la mirada quieta, ni siquiera con rumbo alguno. Eran las siete de la noche y ella decía al abrir sus alas: sigan, sigan, y el espacio de la morada amurallada, que sólo alcanza a suspirar la libertad cuando ella parpadea, me sonrió, con la suspicacia de quien guarda algo que no debe ser descubierto, eran luces de fiesta, fondos musicales, rumores que decían del instante festivo en el que estaban. Yo, un caminante de la vida en espacio de muerte, busco vida. Ayer creí encontrarla al tocar la madera tallada, protectora de los moradores del festín, pero no, sólo pude sentir un suspiro suyo. Me llené de ira en el instante en el que vi lo que sucedía a sus espaldas, enfurecido incité una batalla entre mis pies y la tierra, entre mis puños y el cuerpo que sostiene a esa terca trampa para quienes, como yo, se desesperan porque ella se digne abrir sus alas y enseñe a volar. ¿Acaso no son ellos al igual que yo, unos soñadores más en este espacio sin suelo? ¿Por qué entonces no dejarme entrar? - No conforme decidió gritarle: - ¡eres infame, ¿Qué te hice para que no me dejaras atravesar?! - Ella, con un chirrido de antigüedad lo único que hizo fue reír y nada más. - Cuando llegue la dueña de la casa le diré de tu grosería - dijo el señor y siguió esperando... pasaron dos horas y Ama se dispuso a abrir la casa, al mirar a su lado observó a un hombre que se dirigía a ella y le dijo: - ¡Hola Baberín! ¿Qué te trae por aquí? - Las mejillas del hombre se sonrojaron y respondió:

- Es que, pensé que podría entrar a celebrar con ustedes la fiesta de carnaval pero, no he podido hacerlo porque la puerta de su casa es muy grande, pesada, no he podido moverla, por lo que la esperaba a usted a ver si...

- Ay Baberín, ¿no conoces el motivo de la fiesta? Es el carnaval y tú estás muy pesado para celebrar, ya sabes que no le agradas, así que mi perro adorado nunca te dejaría entrar.

- Pero, doña Ama, no hay ningún perro, esa puerta ni se inmuta cuando la empujo...

- El perro te conoce y sabe de tu oficio, él no se dejaría ver de ti, por eso se esconde; además, la única que no te teme soy yo, me quedaría sola en la fiesta, así que no insistas y vete.

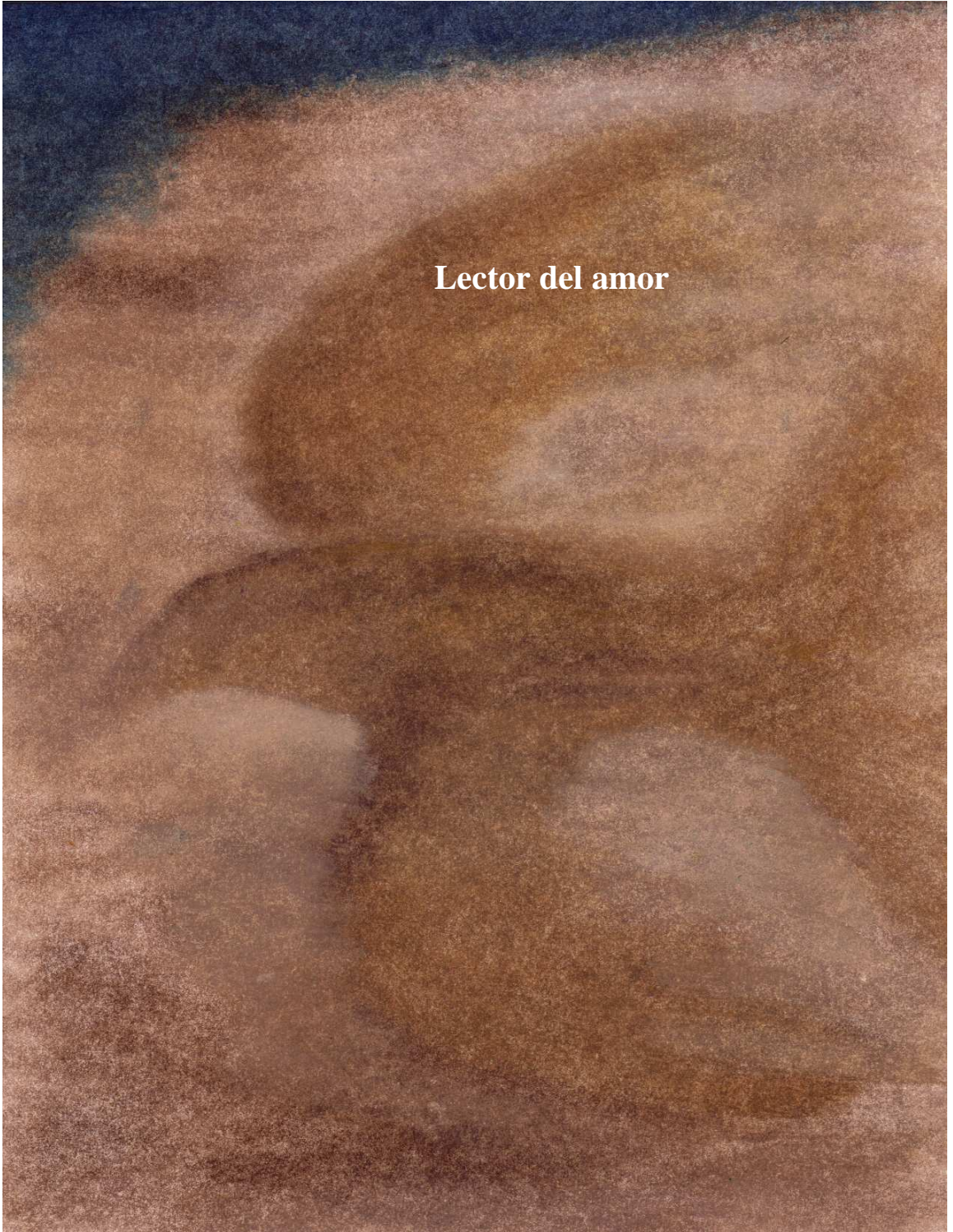
Baberín, con tristeza, se alejó del lugar y dispuesto a entrar por la fuerza decidió disfrazarse de gran caballero, fue al lugar de trabajo y le quitó el traje a un bello durmiente, se lo puso con un poco de recelo y nuevamente fue a la casa de la señora Ama, con la ilusión de ser aceptado como otro invitado y disfrutar del dulce encanto del festín. Golpeó con fuerza y la puerta volvió a chirriar, pero en ese momento sí se escucharon los golpes, así que la dueña fue a ver quién tocaba, abrió y vio a un gran caballero:

- Buenas noches señor, ¿qué lo trae por aquí?

- Deseo asistir a la fiesta, bella dama, si me permite - dio un paso y entró en la casa. De inmediato el perro de Ama aulló. Se sintió un frío extraño en medio del calor del festín, pero la fiesta siguió, el hombre fue muy bien atendido, se sentó en una mesa y desde ahí brindaba con la gente que le saludaba de lejos sin conocerlo. Estaba feliz, hacía mucho que no disfrutaba y por fin lo había logrado. La señora Ama, en cada ocasión especial daba una gran fiesta como la de ese momento y, curiosamente, siempre había un muerto, resultado de la mezcla de licor que ahí ofrecían; los muertos eran personas muy sanas, aquellas que a su cuerpo sólo ofrecían nutricias.

Esa noche Baberín tomó mucho licor, bailó, sonrió como nunca y nada pudo ser mejor. El aullido del perro se convirtió en el fondo de la música de la fiesta, así que la gente terminó por acostumbrarse. Pasaron seis horas, el jolgorio hacía retumbar la puerta hasta que se abrió completamente por primera vez; todos quedaron paralizados, quitaron la música y el perro había dejado de aullar; en el fondo, el gran caballero estaba dormido pero sonriente como un *Quincas*, la señora lo movió para que despertara pues la fiesta había terminado, pero él no se movía. Entonces la gente al verlo de cerca, vio que era Baberín y el espacio se cubrió de llanto, nunca habían presenciado a un muerto tan importante. La señora dijo: - nos ha engañado, se ha vestido de gran caballero y con la ropa de un acostado, la puerta nos ha traicionado, ella esperaba ese aliento frío para responder y lo hizo, sólo el perro lo notó y ahora ¿quién arreglará a los muertos? - La gente corrió, huían de la soledad en que los había dejado el babero de sus llantos, de sus congojas. El cernidor de sus penas. Ahora tenían que arreglárselas solos, así como lo había hecho Baberín por tantos años, tantos que la puerta ya no sonaba sino con el golpe del puño de un alma cándida pero que vistiera de inerte.

En un pañuelo, como conmemorando el momento estaba escrita la última frase del babero: "Ahora, cuando estoy dentro, mi mirada danza al compás de luces, como en un sueño logré entrar y salir nunca más..."



Lector del amor

Figura 13.

¿Cómo retroceder lo que ocurre cuando el tiempo es una nube fugaz que sólo deja destellos con las gotas que salpica, cómo lograr observar lo que ellas ocultan tras su espumosa masa blanca, cómo hacerlo después de la inexplicable gota de silencio que tus labios insinúan cuando ríes? A ti lo digo y pregunto, ser infinito que golpeas cual trueno el rancho de mis penas. Este rancho, único lugar en el que es posible habitar.

¿Por qué no respondes? ¿Acaso mi voz no tiene la suficiente fuerza para alcanzar tus oídos?

- Dime lo que piensas sobre lo que acabo de leer María.

- Es bueno, tiene sentimiento, un poco cursi y... ¿Qué más quieres que te diga?

- Pero no deseo que me digas lo que quiero escuchar, dime lo que piensas de verdad sobre lo que te acabo de leer.

- Bueno, la verdad es que hace mucho tiempo escuché a alguien leer algo muy parecido, era casi igual y me gustó, por eso lo recuerdo; es más, pensé que lo habías copiado y querías compartirlo conmigo.

- Pero es que estás loca, si lo escribí yo hace un año y no te lo había leído porque me daba pena.

- Ah, entonces seguramente fue impresión mía haberlo escuchado antes, olvídale.

Pedro con un desmán siguió escribiendo; a los cinco días volvió a encontrarse con María y ella con cierto interés le preguntó si había escrito algo en los últimos días, Pedro le dijo que sí, pero que en el momento no tenía los escritos a mano, así que la invitaba a su casa para compartir con ella lo último. Al otro día María tocó la puerta de la casa de Pedro y él salió al instante. Se saludaron y siguieron al estudio; cuando María se sintió cómoda pidió a Pedro un poco de agua, él con mucho gusto se dirigió a la cocina. Entre tanto, ella hurgaba en todo el lugar, parecía habersele perdido algo muy importante, sintió a Pedro y volvió al sillón, recibió su agua y le dijo a Pedro que leyera lo que había escrito. Pedro leyó: - cuando tus ojos me llegan siento que mi cerebro sufre martillazos, retumba en mi mente ese brillo que tu presencia pinta ante mis ojos ya vacíos de lágrimas por el frío de esta soledad, llegas tú y me llenas, llegas tú y vacías todo mi ser para que cante al infinito una plegaria por las estrellas que pueden llenar de luz mi alma, porque tú, oh ser desconocido, eres el ánimo, hálito de vida entre la penumbra, la vida.

- ¿Qué sientes María? María, amiga mía...

- ¡Pedro!, no te pongas poético conmigo, suficiente con tus amorosos poemas, ¿sabes?, creo que tienes algo para escribir y tal vez, si te dedicas de manera considerable, podrías publicar algo.

- Sí, yo también lo creo y quiero que tú me ayudes en esto, la verdad es que quisiera llegar a ser un gran escritor y cuando pienso en nosotros...

- Ya te dije que no te pongas poético conmigo, tú sabes que sólo te aprecio como a un buen amigo y nada más, así que, si quieres mi compañía, tienes que dedicarte a lo tuyo y, a mi, dejarme escuchar.

- Esta bien María, te leeré todos mis poemas y luego me dices. Aquí voy:

- Ayer entre mis sueños, vi tu rostro entre una nube que mis ojos querían borrar, llegaste con la furia de un sueño que se había perdido entre innumerables noches que trataba de

mirarte. Estas aquí y no te dejaré ir. Dime a dónde has ido en estas noches, te diré si ese era el camino; si no lo haces, quédate al menos en mi memoria y permíteme soñar una vez más.

Los lazos se entretujan, su fuerza se hace intensa, el enemigo quiere atacar halando del extremo. El cuerpo de acá les ha dado un tejido especial; sólo el filo de una espada los podría rasgar, la espada es su espíritu.

El enemigo se llevaría todo, pero si es desconocido una simple ilusión sería.

El enemigo es el mismo de acá, teje muy fuerte para que su furia no termine con él.

Y el espíritu es él.

He notado en el espacio múltiples gestos.

Rostros que hacen vivo el movimiento de los espejos al recibir los cambios.

Verse así en el cristal, ver al otro en la realidad, ver vivir y vivir también.

Ver, mirar, tocar.;

Traspasarse en el instante que el silencio de cada espacio puede callar.

Veo la lluvia, mi cuerpo escalofriado se estremece en la frescura del campo, pasan rostros cansados de jornaleros y mientras estoy en quietud te veo.

Lluvia transparente tocando el verde de las montañas, lavas con tu cariño el polvo de las hojas, nutres la tierra y llegas evaporada a mi alma en un suspiro que tú misma provocas.

Ve y vuelve cuando quieras, mas no olvides a estos cuerpos que te esperan para saciar la sed de la espera.

Cuando la melodía de tus palabras hace eco en mi memoria, llevo mis ideas hasta la profundidad imposible e inimaginable; llevo la mente al mundo ficticio que tu canto crea cuando balbucea, cuando me cuenta, cuando me dice.

Soy un arco iris que pinta el espacio al estar juntos y en la unión resuena la melodía como una caricia en fusión que acoge nuestro encuentro.

Háblame y forjaremos las voces.

Cántame un coro íntimo de los labios, íntimo de tus pesares, de tus amores, de tus azares.

Yo te cantaré mi llanto, mis súplicas, mis anhelos y mis pérdidas.

Canta, encanta.

Y si a mí cautiva es porque tu canto llegó del eco de la felicidad que ahora no sé dónde está.

Llena este vacío que las flechas del odio han provocado, llena el espacio que en mi corazón aguarda, tú, viento del otro lado que soplas y recuerdas que un día fui verde, azul, tierra, aire, fuego; recuérdame desde la lejanía en que estás, que mis pies aún pueden llegar a ti y oír nuevamente tu canto para volar.

- ¿Cómo voy María?, - pregunta Pedro a su amiga y ella con una gota en sus labios responde: eres como una roca que al verla de lejos no provoca, no inspira nada, pero en este momento te veo vivo, más vivo que todas las veces que hablamos. Sigue leyendo Pedro,

porque se hace tarde y tengo que regresar a casa - entre tanto, los hermanos de Pedro hacen ruido en el cuarto contiguo, están jugando a las escondidas y quieren entrar al estudio porque ya no hay más lugares en la casa para esconderse, pero Pedro con un gesto los espanta de ahí.

Te encontraré Luisa, ya verás, te voy a encontrar y me tienes que cumplir la penitencia... - gritaba Federico, el hermano menor que buscaba a su hermana mayor y Pedro, que era el mayor de todos, sudaba en el estudio porque leía a empujones con tantos gritos. Pedro estaba muy tranquilo hasta que el ruido de las escondidillas inició. María dio un gran suspiro y se levantó de la silla: Pedro - dijo-, cuando estés más tranquilo y haya menos ruido hablamos y terminas de leer tus poemas, por ahora ya tengo que irme a casa.

Pasaron quince días hasta cuando los amigos volvieron a encontrarse y Pedro volvió a invitar a María a su estudio, pero en ese momento María ya tenía otros planes:¿sabes?, le dijo a Pedro, hace ocho días conocí a un muchacho a quien también le gusta leer y me invitó a su estudio, Pedro hizo un gesto de enojo y respondió: - bueno María, en otra ocasión será y, si te gusta tanto la lectura, deberías también tú dedicarte a leer algo, ¿por qué no lo intentas? - María rió con disimulo y le dijo: - no, ese trabajo se lo dejo a los fantasiosos, yo me dedico a escuchar y no más.

Pasó casi un año, hasta que un día Pedro pasaba por la calle y en una venta de revistas vio de reojo un título: “el lector del amor”, aquel título le interesó, pues él era uno de esos tantos a los que les apasionan las letras. Decidió comprarlo, llegó a casa, entró al estudio y se acomodó en su sofá preferido para esos asuntos. El autor del libro era anónimo e iniciaba con un poema que se titulaba: “dibujando un sueño”. Pedro siguió leyendo, terminó de leer el libro por completo y vio todas sus palabras ahí, sintió un gran apretón en el pecho y recordó que hacía varios meses no hablaba con su amiga María; se enojó, se sintió traicionado y fue a buscarla al lugar en el que ella le había dicho que vivía. En el lugar habitaban una pareja de viejitos; salió la señora con un bordón en la mano y dijo: - ¿qué necesita joven? - Pedro le comentó que buscaba a María, una muchacha joven y muy guapa que había conocido hacía varios meses y de la cual se había desconectado. De pronto, de adentro se escuchó una voz: - ¿quién es, María? - La viejita respondió: - es un joven buscando a una muchacha Pedro; - el señor salió y Pedro con los ojos más abiertos que de costumbre le dijo: - es que hace unos meses conocí a una muchacha y necesitaba hablar con ella. ¿Será que ustedes pueden informarme dónde la puedo encontrar? - No joven, aquí la única jovencita que hay es mi mujer y como puede ver no es tan joven. - Soltó una carcajada. Pedro se retiró del lugar y buscó a María por varios días, no la encontró, fue a la editorial para investigar quién había llevado aquellos textos que habían publicado, contó que él había escrito algo idéntico hacía más de un año y no se explicaba cómo habían llegado ahí ya que él sólo se los había mostrado a una persona y además, no la encontraba. En la editorial le dijeron que los textos los habían llevado dos abuelitos, que ellos se habían encontrado el material en el desván de su casa y vieron en el periódico un anuncio que ofrecía premios por llevar textos para ser publicados, así que decidieron llevar esos papeles. A los pocos días volvió a la casa de los ancianos, pero unos obreros le dijeron que ahí ya no

vivía nadie hacía varios años y que la estaban demoliendo para construir un centro comercial. Pedro siguió escribiendo y estos fueron los últimos poemas que logró escribir hasta que...

Las horas son cortas cuando iniciamos el recorrido, nos espera el dulce olor que emana del café, bolas apetitosas a la espera de ser cosechadas. Si me esperan, será porque mis manos no las maltrataron y dejaron un punto para brotar en cada temporada. Si no salen, al menos queda el recuerdo de nuestro encuentro, del abrazo que nos dimos cuando la lluvia nos alcanzó, entonces recordarás, recordaré el gran espacio que una amiga me brindó cuando el mío era limitado. El gran camino que se abrió a mis pequeños pasos cuando el futuro ni siquiera se pensaba; sigue ahí; ahora otros caminos más duros, más ásperos he transitado y sólo porque recorrí los caminos del campo he podido soportarlos.
Sus horas son eternas, prolongan mi deseo por caminar.

Las hijas de la infancia anunciaron la puesta en escena, de una niñez dolorosa y cálida al olor de la tierra que abriga en medio de la oscura noche en que las voces, las risas de unos pequeños pronunciaban la felicidad de una niñez que ya pasó.
Pasó, qué bueno es guardarlo en la memoria, se hace más fácil alejar el maleficio.
Los hijos que ahora están, son otros cantores chispeantes de la tierra, por ellos estos momentos son los más bellos y vendrán más.
Ahora canta roca en tu paso por el río que un día vimos crecer y mermar, porque en tu canto está el eco de los pasos transitados, porque tu eco acogerá los nuevos.

Las letras se unen, hacen palabras, las palabras forman frases, las frases párrafos, los párrafos libros y los libros ¿qué forman?
Si no es su esencia la que incita al pensamiento, entonces ¿qué forman los libros?, si no hay un enredar para desenredarse, ¿qué hay, si no tocan la reflexión ni el sentimiento?, ¿qué esperar?
Sanarse de la absoluta idea de perfección es la idea, la idea de las palabras que fluyen entre imágenes concebidas desde la mirada de la realidad de un libro que espera ser leído, sentido y comprendido.
No parafrasear sino significar en la estancia de las letras que ahí permanecen, ser letra viva.
Meta de aquellas obras que no esperan determinar ideas sino desmembrarlas según lo que la humanidad de un ser que acude a ellas, puede percibir y sentir.
Ser libro que toca los íntimos pensamientos, ser letra que muerde piel, obra que crea es ser.
Tu ser sólo es ser María, mi María.

Cuando calle, cuando calle las palabras se habrán ido,
Cuando calle, el gesto, la mirada, el movimiento ya no tendrán sentido,
Se habrá callado al espíritu.
¿Por qué Callar?
Porque tu mensaje me ha herido.
Porque prefiero hablarle al olvido.

Este día, este día llegarás en un instante; al ser día, al ser día estarán tus pasos sonando en estas tablas viejas que te esperan.

Los días ya no te esperarán si extiendes tu ausencia, te odiarán, los días azotarán tus pies si tarde llegas.

Devuélvele a estos días la vitalidad.

No les robes más tiempo, más vida, no más.

...Tocaron la puerta de su casa; era María.



Figura 14.

Hilda tenía que salir a las diez de la mañana para lograr llegar a tiempo al lugar que le ofrecería la eterna felicidad; cuando vio el reloj eran las nueve y cincuenta y cinco de la mañana, sólo quedaban cinco minutos y ella podría ser feliz por siempre, como casi siempre terminan las novelas. Ella volvió a mirar el reloj, ahora el reloj de mano que le adornaba su muñeca, entonces vio que ahí faltaban diez minutos para las diez; se tranquilizó un poco, pero un momento en que el cuerpo se suspende en el sin saber qué hacer, se dijo: - miraré en otro reloj para cerciorarme de la hora - , entonces se dirigió al reloj despertador que sostenía la mesa de noche; ahí, el reloj daba las nueve y cuarenta y cinco, se tranquilizó más todavía, fue a ver por última vez otro reloj que había en la sala de su casa y era un reloj muy antiguo, ahí el reloj daba las diez en punto. Muy desesperada corrió por toda la casa tratando de encontrar un último reloj que le diera una esperanza, pero no, sonó el teléfono, era el portero del conjunto; Hilda contestó el teléfono y su cara se transformó de espanto. Mientras ella trataba de encontrar en medio de la ansiedad el otro reloj, tocaron la puerta, volteó su mirada como si algo pudiera dañarla pero se armó de valor y fue a abrir; en el piso había unas flores amarillas y un papel que decía: aún tienes tiempo. Ella las dejó en un frasco con agua y se sentó, estaba tan estresada que se durmió un poco sin olvidar la hora, cerró sus ojos y con un suspiro sintió el aire fresco de un lugar que ella jamás había visitado, había nieve y el frío daba una calidez de tranquilidad, era una cancha de fútbol en la que nadie jugaba; más allá, algo en el piso brillaba, se acercó y era un reloj que daba las nueve y media; el desespero agitó su respiración y la tranquilidad de antes desapareció, todo oscureció, vio su sombra con una pequeña luz que llegaba de lo alto, el frío era más frío cuando sus huesos movían su carne, ring, ring, ring, otra vez estaba en la sala de su casa sin entender qué pasaba, al levantarse de la silla sintió su cuerpo temblar, el color de sus dedos era lívido, nuevamente tocaron la puerta, con la lentitud de quien sabe lo que sucederá y desea evitarlo, se dirigió a la puerta, abrió, dio un paso y destrozó un jarrón que llevaba otro papel; éste decía: - ya no queda nada- . Entonces ella tiró el jarrón, levantó sus brazos y corrió al cuarto donde guardaba su equipaje, bajó las gradas, salió de su casa y corrió; al salir, encontró un ramo con flores amarillas y rojas y un sobre que decía: - mañana a las diez...

Al otro día salió a las nueve de su casa con todo el equipaje y con uno de todos los relojes que guardaba, el reloj antiguo, había decidido regalarlo en agradecimiento por haberla esperado, pero ¿quién la esperaría? Cuando llegó a la estación de buses, a su rostro lleno de amargura llegó un soplo de esperanza; el comprador de relojes la esperaba muy tranquilo, con su risa de complicidad, ella le dijo:

- Gracias por esperarme tanto, es que ayer me aturdí con el tiempo porque mis relojes estaban descoordinados, él le dijo:

- No se preocupe, ¿me trajo el reloj prometido?

- Sí, mire, es muy antiguo; el hombre observó el reloj con mucho cuidado, se lo entregó y replicó: tenía razón de hacerme esperar, el reloj indica la hora de su muerte y usted le teme,

- ¿cómo podría temerle si estoy viva?

-Es que usted ya no es terrenal, ¿no ve el camino que la trajo aquí?

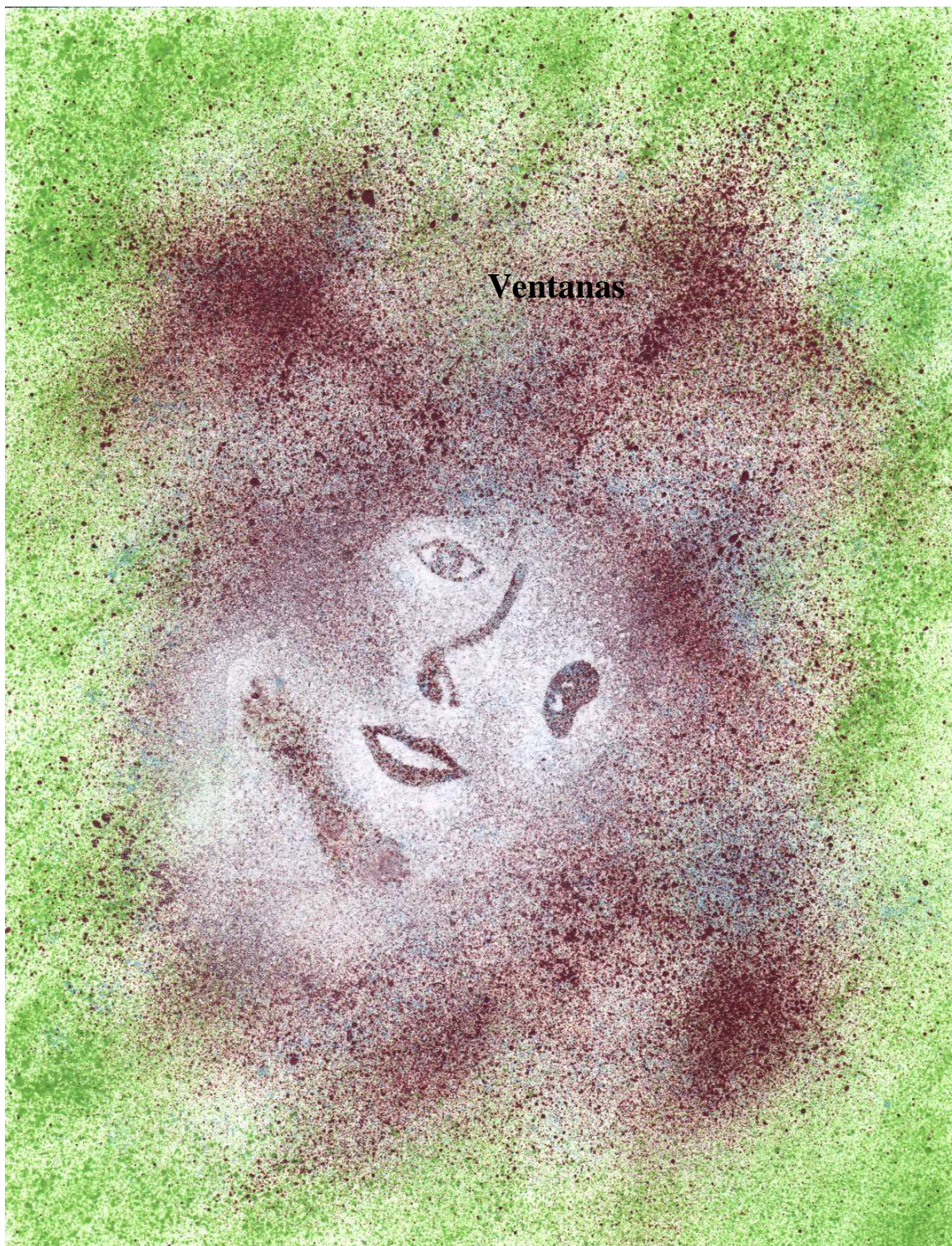


Figura 15.

Hoy, a pesar del cansancio y del vacío que inhibe a mi cuerpo, pienso que debí acceder y viajar al mar con mis amigos. Ellos tenían muchos deseos de conocer el mar, nadar en él, confrontar las grandes olas y con eso, quizá, retar la furia de Poseidón al modo de Ulises, pero yo, como casi siempre lo hago, arruiné sus deseos, pues ellos no viajan a ningún lado sin mí. Mis amigos eran de muy buen ánimo, como no lo soy yo, ellos reían, como yo no lo puedo hacer; cantaban, bailaban, hablaban con desconocidos, pero esta fuerza extraña que me habita hace que retrocedan mis pasos; es más, ni siquiera me permite el impulso. Recuerdo cuando tenía seis años y me comparaban con una pulga, era inatrapable, casi invisible, pero causaba tal piquiña que mis padres ya no sabían qué hacer para calmarme. En esa época, mis amigos pasaban inadvertidos a mi lado y ahora que tengo este momento para contarte todo mi dolor he decidido hablarte; eres el único conocido que tengo, aparte de mis amigos.

Verás, como ya sabes, no hablo con extraños, ni siquiera con ellos. En ese momento Inés, hizo un gesto señalando hacia un pasillo. Ellos, prosiguió, son muy sordos, más que yo, no me escuchan, ni siquiera les interesa si me siento triste o feliz; mis amigos por el contrario, sí eran atentos conmigo; cualquier cambio físico o síquico lo percibían y en el instante estaban a mis pies..., en fin querido N, te contaré cómo fue que llegué aquí.

El quince de marzo de 2002 estaba muy feliz con mis amigos; mis padres viajaron a Bogotá, no sé para qué, así que estaba sola, pues el espacio de mi casa no estaba habitado sino hubiese sido por mí. La mañana del 16 de marzo salí a tomar el sol, además estaba muy feliz porque faltaban seis días para cumplir 42 años y pensaba que recibiría muchos regalos. Meciéndome en la hamaca sentí un ruido en la cocina, me levanté y fui a ver qué ocurría, entonces vi a ese horrible animal queriéndose comer unas galletas que estaban en el comedor, cogí una escoba, traté de golpearlo y destruirlo, pero lo que sí destruí fue la cocina y...

Mis padres habían dejado unas trampas para ratas. Yo caí en ellas, el caldo que calmaría el hambre estaba hirviendo y con el palo de la escoba lo hice volar, la olla, que era muy pequeña cayó sobre la mesa y el caldo sobrevoló a mi cara. Como puedes ver, aquel día todo para mí cambió, en la tarde esperaba que mis padres llamaran pero no lo hicieron; pasaron dos días y esperé a que se presentaran, tampoco lo hicieron. A los cinco días preparé un ají muy picante, le agregué todos los aderezos posibles y, aún sin poder ver y con el tacto a medias me preparé una poción que me dejó insensible el gusto, lo único que me unía con el mundo eran mis oídos y mi nariz. Pasaron dos meses y mis padres no llegaban; un día recibí una llamada. Eran ellos, dijeron amarme mucho, querían verme radiante y no enterrada a mis cuarenta y dos años en la casa, deseaban mi felicidad pero sin ellos; tal vez dejándome sola yo buscaría otros caminos. No les dije nada de lo ocurrido, sólo seguí en la interminable espera, con la ilusión de que ellos se conmovieran de mi soledad y regresaran; me dediqué a escuchar música y aferrada a ella dormí con los audífonos puestos hasta que pasaron quince días y casi no podía oír; aumenté el volumen al

máximo y los oídos dejaron de escuchar, tuve deseos de comprar algo y lo primero que hice fue conseguir perfumes de todos los aromas; tal vez en mi pequeña vanidad, creí poder inventar el perfume esencial como Jean Baptiste. Los perfumes se volvieron la dulce compañía de esa soledad inesperada.

Yo era feliz, no lo entiendo, tenía a mis amigos, mis únicos cinco amigos y a mis padres. A los dos meses aprendí a desplazarme por la casa de modo ejemplar, memoricé muy bien el espacio de cada objeto; en fin, todo lo podía hacer perfectamente pero ya no tenía qué comer, únicamente poseía mis perfumes y, aunque sabía que estaban ahí, ya no los sentía, entonces sí que me desperté, la soledad era completa, perdí a mis amigos y como te dije al inicio, no les permití conocer el mar. Yo, sí que me conmoví de mi soledad.

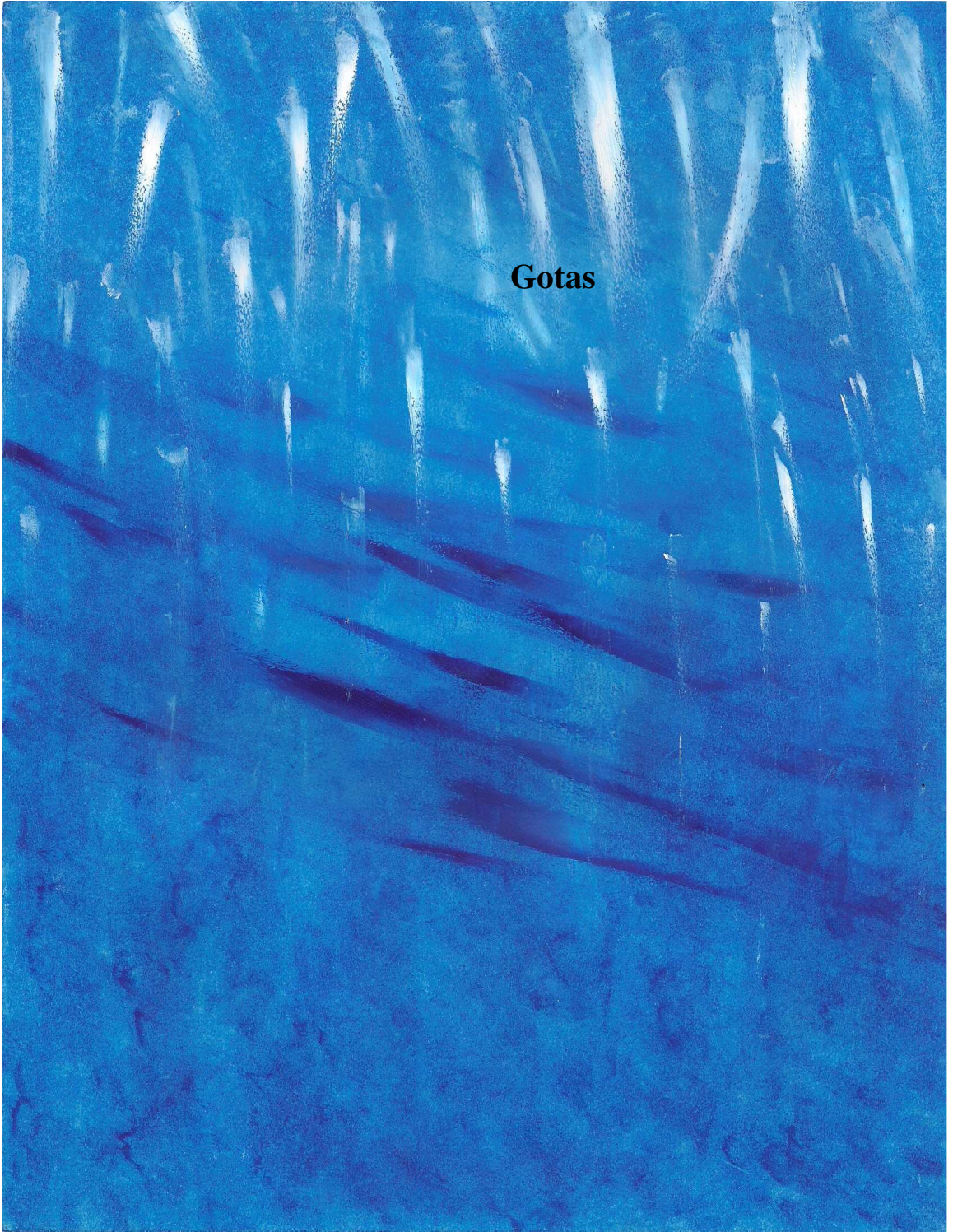


Figura 16.

¿Qué desea el latido del corazón cuando canta a las membranas del cuerpo, late tan fuerte que no se deja escuchar y vibra? Desea entonar un sonido que anuncia la remoción provocada por la ansiedad, esa extraña zozobra en la que se agotan las ideas y sale el llanto.

El latido del corazón empuja al llanto pues no lo soporta; luego llega la risa que es el gesto de una máscara donde se oculta el verdadero rostro de la inopia y ayuda a calmar los latidos. Le digo a mi sombra: ¿Alguna vez has sentido que hasta el mismo aire te ahoga? Cuando las palabras se agotan al no hallar razón para tanta estupidez. ¿Has ilusionado con sucesos fuera de tu alcance? Como desear que la nieve logre provocar el estremecimiento que provoca la lluvia cuando cae y golpea las tejas, el piso, la hierba. ¿Por qué le dirán tejas a los borrachos que enloquecen?, tal vez porque son duras y están a la cabeza de las viviendas, ¿quién sabe?

¿Has deseado lo inaudito? Como enloquecer porque la locura ya no cabe en el cuerpo y se acude a un brebaje; brebaje y locura desbordan el ser que se vuelve insoportable; tal vez sea similar a lo que ocurre cuando la nieve cubre todo y llega el momento en el que su espesura asusta, pues amenaza con enterrar; en ese caso sería un entierro distinto porque la cubierta sería blanca, porque esa misma cubierta se derretiría con el calor. La locura llega cuando no hay explicación para todo; la locura no es el terror, el terror es no poder dejarla ir y enmudecer. ¿Para qué todo esto?, para decir que la nieve es hermosa porque se deja sostener en las manos, se deja sentir en cada paso, acaricia como una pluma helada. Con el agua ocurre algo diferente; no se deja aferrar, ni pellizcar, intentar pisarla es buscar el fondo. Por eso la nieve es hermosa, porque es la mensajera de heladas que le dan socorro al agua cuando hasta en su misma corriente parece ahogarse.

Es trece de mayo y tengo algo que me atraganta, un gran presentimiento que me arrasa, tal vez eres tú, mi querido fuego el que me falta o de pronto tú, viento que me animas y ahora me faltas o quizá tú agua que puedes, con tus suaves gotas saciar el hervor de mi alma, mas a mi alma no quiero calmar, deseo agitarla más y la tierra que sostiene todas mis ansias no es menos pues me acompaña, vigila e irrumpe, es dueña del espacio que acoge al fuego de mi voluntad, el aire efímero de un suspiro, el agua dulce donde se bañan todos los seres y todo cuanto hay.

¿Cuál es entonces ese algo, esa cosa o la causa de lo que ahoga en la garganta? Tal vez sean tus lentos pasos que, acumulados, retumban en este lugar..., el eco no llega a los oídos como lo haría la suave melodía del lago de los cisnes, es un ruido. Anuncia enormes frisas caóticas, aquellas enemigas del fuego, el agua, el aire. Enemigas hasta de ti tierra, querida matriz de la vida donde confluyen elementos constitutivos de lo que se puede ver, de lo que yo puedo alcanzar ahora: el roce de mi cuerpo en la ínfima quietud del espasmo. Ahora tú, ruido insensible, suscitas temor en los sentidos con tus enormes pasos, ¿acaso no sabes lo que es callar, lo que es pensar, sentir, amar, sufrir? Tal vez tú estás ahogado de toda acción y por eso roncas, no puedes cantar, hablar, reír, soñar, estás saturado y ¿de qué? ¡Contesta!

Resuena si quieres, pero responde al desesperado discurso de ésta, casi ahogada en trece de mayo.

La ahogada sigue hablando entre claridad y espanto, un rumor se acerca a ella, en ese instante el eco habla y dice: ¡Ni siquiera tengo que hablar, sólo mi rumor te estremece, así que no me pidas que responda algo de lo que ya tienes respuesta, eres una mujer ruidosa y en extremo fastidiosa, vete de este lugar que no mereces sentir, ahógate de una vez por todas y calla!

La mujer está petrificada en el centro del lugar; es la tierra, el fuego, el agua, el aire, cuatro tiempos de vida, cuatro caricias de suerte y si llegan al centro y susurran al oído de la mujer, son cuatro palabras de vida y de muerte. Ella sigue quieta y sostiene su cuerpo a la espera del silencio del eco, toma un trago de alcohol puro, siente arder su garganta, toma un trago de agua como si fuese una caricia, respira profundamente, siente en el respirar el alimento de su cuerpo y vuelve. Arroja los zapatos, toca la tierra y vive. Repite el acto, toma su vigésimo trago, su garganta arde, toma un vaso de agua, respira profundamente, los zapatos ya no están, la tierra se mece y la invita a danzar, ella gustosa accede, siente el acto, la cosa que la arrasa y la olvida en el instante. La sangre hierve, brota el llanto, el aire es mayormente necesario y la tierra espera cual estera y la sostiene.

¿Descubrió la mujer atragantada del trece de mayo la causa de su ahogo? Nadie lo sabe...

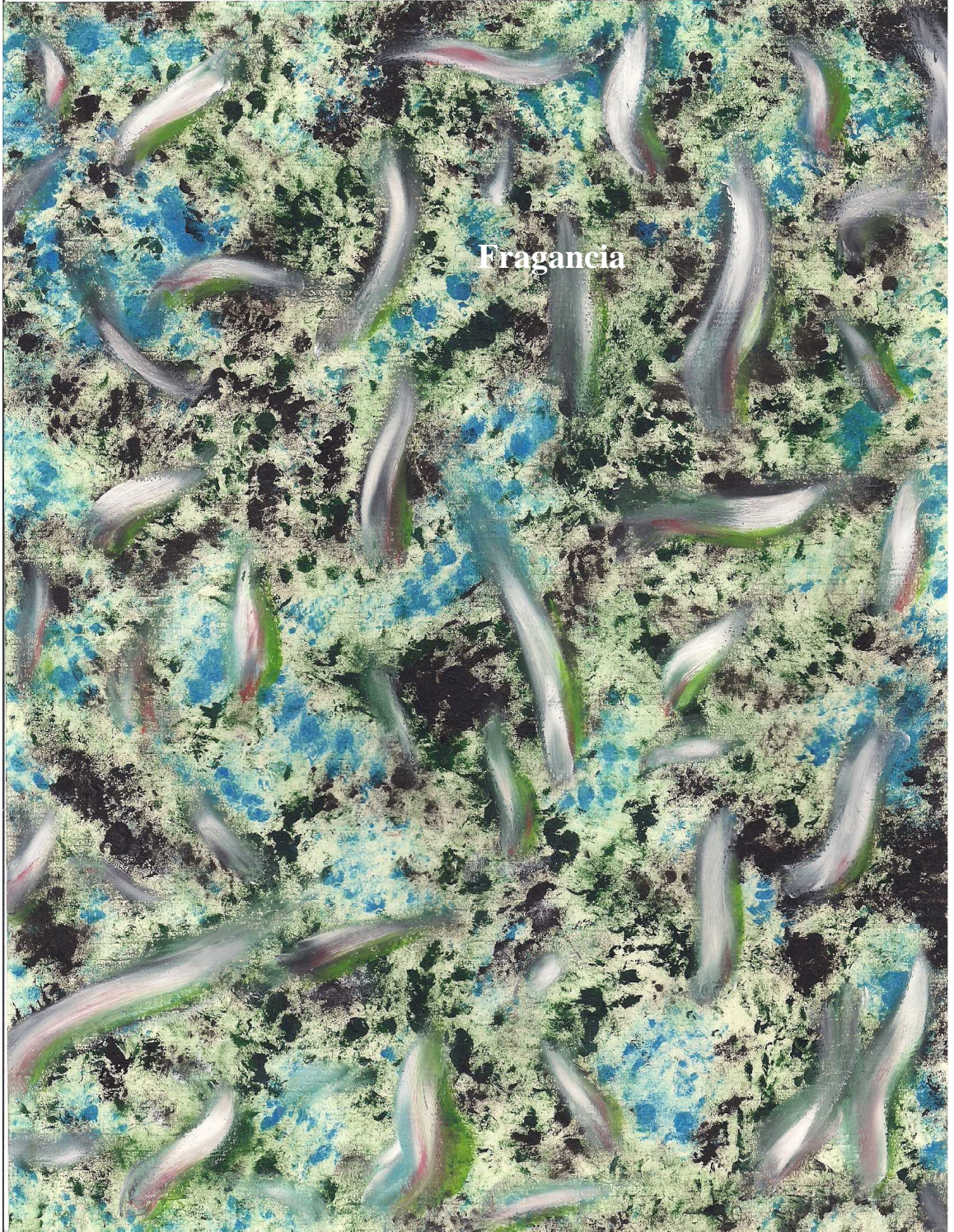


Figura 17.

Raras, pero muy raras veces me siento en el lado derecho de un bus urbano, pero hoy, por algo ajeno a mi voluntad lo hice, tomé la ruta de regreso a casa, me subí, le pasé el billete de mil al conductor y simplemente me senté en el primer asiento del lado derecho del bus. Ese lado extraño que casi siempre permanece vacío; es que todos suben por ese lado y dejan su aroma, y si no fuera por la necesidad divina de llegar a sitios que mucha gente lucha por alcanzar, no fuera ocupado. Saqué un libro, empecé a leer y como siempre, el bus dando tumbos y más tumbos para removerle a uno hasta las tripas y, bueno, las letras parecían danzar ante mis ojos astigmáticos pero, para hacer menos largo el trayecto inicié...: *“y él hizo un gesto desolado, pues, en vez de animarlo, mi bien intencionado entusiasmo lo llenaba de tristeza, a él que no ignoraba que París era algo tan distante e inalcanzable, la capital del enemigo, la cosmópolis alegre y desenfadada donde el español, y qué decir del indiano, sólo risas y desprecios inspiraba, y porque además, qué había llegado a ser la ciencia sino una esclava de las potestades políticas, en estos tiempos de guerras interminables, cuando todos se disputaban el botín a mordisco limpio, tiempos de pérdidas y recuperaciones territoriales...”*

Dejé de leer para mirar quién subía; era un hombre con una bolsa llena de dulces; saludó: - muy buenas tardes tengan, la necesidad porque soy desplazado y para no robar, me hace trabajar de esta manera, les ofrezco estos dulces: cuatro en quinientos, dos por trescientos...-

El hombre me pasó dos dulces y se los devolví. Me quedé pensando. Qué cosas, esta novela ubicada en el año mil seiscientos noventa y siete, habla de invasiones, inquisición, de planetas y del viaje gitano del rebusque. Ahora, en el siglo veintiuno no hay gran diferencia, sólo que la religión se ha destapado de tal manera que el temor divino es casi una ilusión y más cruel; por lo demás, la política sigue siendo el mayor y más triste laberinto en el que puede estar presa una sociedad, sobre todo porque el poder no deja de ser esa miel por la cual todos lanzan sus ponzoñosas palabras para ver quién cae más rápido y no se levanta. En fin, ya iba a mitad de camino y dejé de leer, los ojos me pedían otra panorámica o tal vez fue mi deseo intranquilo de llegar a casa; en ese momento el bus frenó de tal manera que el libro se elevó, lejos. Algo muy extraño sucedió, no quise bajarme a recogerlo pero dos cuadras más adelante me bajé, regresé al lugar del freno y ya no estaba. Bueno, dije: la historia se me perdió, ya lo he de recuperar. Así que tomé otro bus... A los pocos días de la pérdida del libro, tomé la misma ruta para regresar a casa, pero esta vez me senté en la última banca, en ese momento recordé mi libro perdido, unas palabras escritas en un banco me hicieron pensar en otra cosa. El enredo decía más o menos así: ¡cuando te veo me quedo ciego por gesto! Sonreí y pensé que en cada cosa del mundo hay un escrito, lo importante es leer. Sentí que el bus paró y cuando me quería bajar no pude porque la puerta se trabó, la gente alegaba, así que decidí salir por la puerta delantera, entonces se quería subir un vendedor, en ese momento me enfadé, quería salir de ahí y en vez de facilitar la salida aquel hombre terco no permitía el paso, le dije que me dejara pasar y sonrió, me enojé tanto que lo empujé y me bajé del bus, al llegar a casa me di cuenta que no traía el bolso, regresé y el bus ya no estaba. Insulté al espacio... a los cinco días tomé

nuevamente el bus que me llevaba al lugar de trabajo, el bus iba casi vacío, decidí sentarme en la última banca y allí estaba, un paquete negro con un papel, te devuelvo tus pertenencias e incluso el libro que se te cayó. Estaba atónita, no entendía qué ocurría, ¿quién y por qué tenía mis cosas, cómo sabía que me subiría en ese bus, a esa hora? Al llegar al trabajo coloqué la bolsa en mi escritorio y no podía organizar mis ideas; Lucas, el de servicios generales, me dijo: usted tiene mucha suerte, ayer dejó su billetera en la silla de espera y yo la recogí, tenga. Me la pasó y francamente no pude más. Decidí regresar a casa, así que tomé la ruta de siempre, a mitad de camino la ruta se desvió y me bajé para tomar un taxi, el taxi iba en camino, pero se le pinchó una llanta y me dejó en un parque; ahí, una bolsa negra con mi nombre me esperaba, decidí abrirla y en ese momento apareció el señor de servicios generales, me dijo: usted ha pasado la prueba de viaje, siempre busca el camino a casa y no se da cuenta de lo que olvida; mire lo que dejó: era una dirección, la dirección de mi casa. Decidí dársela a otro taxista para que me lleve; al llegar, miré que era otro lugar; ahí me esperaba otro paquete que contenía el libro, mi bolso perdido y una pluma, en ese instante un niño salió del fondo de la casa y me abrazó. La casa anterior, era del señor de servicios generales, quien me decía que debía pensar, por eso las pérdidas.

Esa oficina, de la que salí hace un mes, era lo único que recordaba, igual que al hombre que me enseñó una fragancia. La fragancia del olvido.

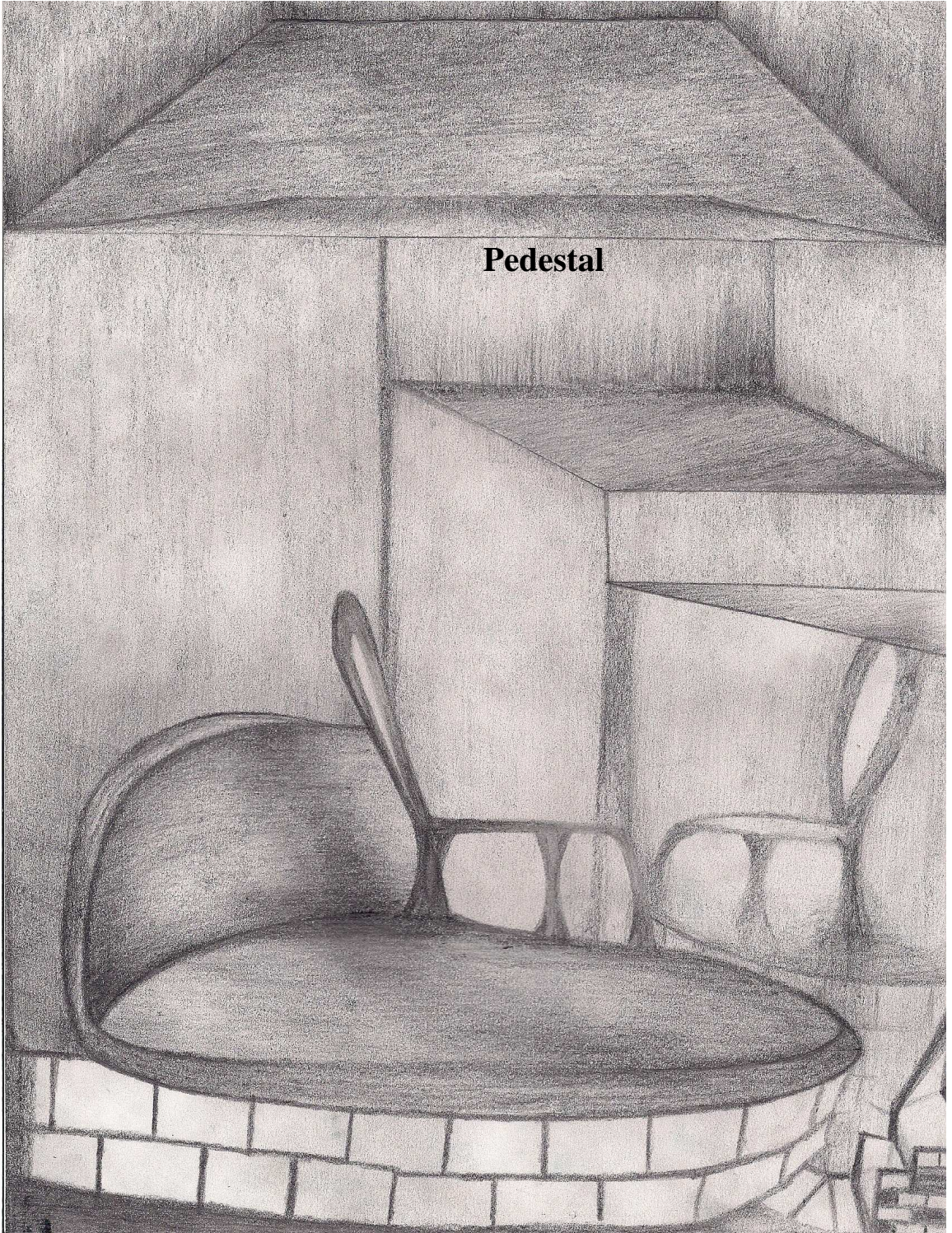


Figura 18.

Esta, es la historia de Viera y Rosalía en tanto a su tristeza llegan la miseria y la soledad.

- ¿Qué tal te va Rosalía? Ayer te vi pasar frente al cajero, pero no alcancé a llamarte.

- Sí, iba a retirar un dinero para abonar unos pesitos en la *serviteca*, es que hay un carrito que me hace ojos días atrás y ¡voy a corresponder a sus miradas!

Viera sonrío, asiente y dice:

- Cuando se las vayas a dar, me llamas y te acompaño para ver la compatibilidad.

Toc, toc, tocan la puerta de la oficina: - buenas tardes doctora Viera, tengo una cita con usted.

- ¡Ah! Sí, espere un momento, en cinco minutos lo atiendo.

El señor toma asiento en la sala de espera. Mientras tanto, adentro Viera cuenta a su amiga en medio de risas.

- Este señor tiene problemas con su casa, dice que “ya no más se le viene abajo” y parece que yo soy un pilar.

Rosalía ríe y le cuenta:

- Sí, eso ve esta gente pero, dale algo que lo contente, yo hice eso cuando tuve problemas con unos campesinos que viven cerca de mi finca; es que mis vacas destruyeron un sembrado de papa que tenían y también dañaron los linderos; menos mal ellos son sencillos, con unos metros de alambre que les dí se calmaron.

- Sí, también haré lo mismo, ojalá no vuelva más.

- Te dejo Viera; suerte con aquel. Hizo una mueca señalando al señor que esperaba afuera.

- Pase, - dijo Viera y el señor entró, se sentó y empezó a hablar:

- Señora, yo vine hace unos días, le comenté de un problema que tengo en mi casa y como le ayudé a juntar votos, usted dijo que también me ayudaría, así que necesito ver en qué me puede colaborar.

- Sí, verá, le enviaré unos ladrillos; ahora, por favor necesito estar sola para trabajar.

- Pero con unos ladrillos no hago nada, y el cemento, la arena, el hierro, usted conoce las necesidades para construir y...

- Ya le dije, ahora no puedo darle más, estoy muy ocupada y tengo unas falencias financieras, cuando tenga las facilidades le enviaré algo más.

- Bueno señora, gracias, estaré esperando el resto de material.

El señor se alejó con paso lento y al llegar a su casa lo saludaron:

- Buenos días don Rodrigo, lo estamos esperando para ver si hoy nos paga el jornal de esta semana para dominguiar.

El señor contesta:

- Hoy no se puede, la cosecha dio poco, a ver si la próxima semana ya se les puede pagar.

La gente comenta:

- Pero si la recolección fue grande y somos pocos trabajadores.

- Sí, pero la venta no fue buena, esperen un poco.

Las personas se alejan quejándose unos a otros. El hombre de la casa en crisis entra al hogar y saluda a su familia:

- ¿Qué hubo de bueno aquí?, porque a mi no me fue bien, esa vieja sólo me dio unos ladrillos y dijo que, de pronto, en unos días me manda lo demás. - Los hijos responden:

- Pero nosotros no necesitamos, la casa está bien y la venta de la cosecha fue buena; además, nosotros ya estamos trabajando, ¿para qué le pides más a esa señora?

- ¿Ustedes los tienen hueros o qué? Y dirige su mirada a la entrepiera de los hijos, ¿no entienden?, yo le arreglé un montón de votos y ella me tiene que reconocer el trabajito, por eso, no me voy a dejar ver la cara.

Los hijos responden:

- Si la vieja se vuelve a lanzar, usted no le ayuda y a ver qué hace. - El señor hace un gesto y se va; entre tanto, en la oficina, la señora hace cuentas para cuadrar lo gastado y lo prestado, en fin, hace cuentas. En esos momentos suena el teléfono, ella responde y es su amiga, la invita a conocer el carro de sus ojos. Viera se levanta de la silla con pesadez, cierra la puerta con llave y sale.

Viera llega a la *serviteca*, Rosalía la mira acercarse y le hace señas.

- Hola Viera, mira qué belleza, ¿es lindo no?

- Sí, es bonito ¿y qué tal el costo?

- Barato. Vamos, demos una vuelta.

Las señoras se van y comentan experiencias con autos pasados y en medio de la charla, sale el tema del señor que fue a la oficina a pedir ayuda. Rosalía pregunta a Viera:

- ¿Cómo te fue con el señor de la casa que está por caerse?

- Más o menos, ese señor cada vez pide algo diferente y ya le he dado hartito, la verdad no sé qué hacer.

- Si te molesta tanto, debes denunciarlo, para que deje de pedir.

- Pero si lo denuncio, el señor cuenta de los votos que me favorecieron, mejor le doy lo que necesita.

- Tienes razón, pero es raro, pues esa gente no es problemática, a mí me dejaron en paz con lo de la cerca.

- Hablando de vacas, ¿tienes bastantes?

- Más o menos.

Las señoras dan un largo paseo por la ciudad, luego cada una se dirige a su casa. En otro lugar, el señor Rodrigo cavila cómo hacerle pagar a la señora y piensa que es mejor denunciarla. Los jornaleros por su parte, no piensan denunciarlo.

Después de quince días, los trabajadores arriban a la casa de Rodrigo e inician el saqueo, mientras eso pasa, Viera le envía todo al señor y su amiga llega a visitarla, se acomodan cada una en su lugar y comentan:

- Ya le envié todo al señor y lo mandé en su propio camión, así me ahorro el transporte. ¡Ah!, también hice una llamada; denuncié algo anormal en cierta dirección. Ambas ríen y Viera pregunta a Rosalía:

- ¿Y las vacas?

- Dando leche.



Figura 19.

Otra vez, otra vez lo diré, cuando terminemos la pieza de tango que nos mueve, otra vez acepta mi mano y dancemos al son de mil tangos, danza donde nuestros cuerpos se encuentran y en ese encuentro perdemos el inicio y el fin, sólo el zapateo, nuestro zapateo elegante puede llegar al infinito, así llegaremos los dos; al espacio donde nuestros cuerpos formarán una constelación y...

- Pero la canción ya terminó, - interrumpió ella frente al hombre que divagaba en presencia de la mujer que danzaba en sus pasiones.

- El tango es un baile íntimo - dijo ella, - y los dos ni siquiera nos conocemos, ¿cómo puede usted hablarme de esa manera?

- Usted dibuja con sus labios un paisaje sereno y pasional en mis oídos, llega con su aliento hasta el fondo de mis secretos y con una mirada se pasea galante por mi historia...

- ¡Señor, deje de decir incoherencias y suélteme la mano!, ¿que no entiende?, ya terminó la canción y no tengo deseos de bailar más, y menos con un loco como usted. - El hombre la ve alejarse y sus ojos parecen brotar para alcanzarla. Sigue hablando:

- Nada puede ya alejarte de mí, aunque te apartes estarás conmigo, motor de mis pasos, encanto de mis creaciones, oh reina mía, melodía de los días sordos de aire... - el hombre balbucea como un niño que inicia su camino en el mundo de los significados, del sentido de crecer. Siente un poco de tristeza porque la mujer que huyó no supo escucharlo, no quiso conocerlo, aun así no deja de sonreír y saludar a quienes se le cruzan; este hombre es un ser que tiene una estrecha relación con el baile, por eso no deja de sonar.

El tango que bailaron fue su único momento de encuentro; ese tango sonó en la conmemoración de unas fiestas en 1997, ese tiempo abrigó a gente que soñaba con alcanzar una cumbre que les indicara el siguiente paso hacia la felicidad. La reina de este hombre había salido de su cueva, su casa era una mina y esa noche ella, por fin había perdido el miedo a las calles; además, en ese lugar sólo había ocho calles, ¿a qué temía? Tal vez a caminar..., cuando los dos cruzaron las miradas algo pasó por sus mentes; ella se dijo: ¿qué pretende ese hombre?, él se erizó y pensó: ¡esa mujer desea bailar conmigo!

Suena un tango, el hombre arrebatado le hace una señal de invitación y ella con un gesto brusco le dice no, aquel hombre pensó que tal vez ella era muy tímida y debía darle un poco de tiempo: el tiempo fue lo que duró en terminar la canción que ella rechazó bailar con él. Así que, como un presagio volvió a sonar otro tango, el hombre muy decidido, se acercó a ella, la tomó de la mano sin pedir permiso e inició el baile, la mujer estaba tiesa, como una rama que prende de un árbol verde y jugosa porque ese desconocido la tomó de la cintura e hizo danzar, ella no pronunció palabra y él no paró de hablar:

- Tanto tiempo he estado deseoso de sentir tu rostro, de tocar tu mano. La espera nunca me desesperó demasiado hasta que te vi allí parada en esa esquina, sola esperándome. - La mujer lo mira con ojos de sorpresa; hasta con temor, pero no importa lo insensato del hombre, es mejor eso al silencio de su cueva. ¿Cómo puede vivir alguien en una cueva cuando el tiempo traiciona? Su corazón es una cueva cuando calla, ella nunca habla y, si lo

hiciera, todo acabaría porque su voz es tan horrible que espanta. El hombre sigue hablando y al final pregunta:

- ¿Por qué no dice nada señorita? Si gusta le invito un refresco y podemos charlar con tranquilidad. En ese momento, el hombre encargado de la música notó que la canción se repetía y al fin cambió el disco. La mujer soltó al hombre y le dijo algo, él siguió hablando, al rato terminó la fiesta y todo volvió a la normalidad. Pasaron varios días y el hombre no volvió a verla, ella seguía encerrada en la cueva, él seguía quitando la maleza, ella solamente salía para lo necesario, la muda le decían y más se entristecía.

Pasaron muchos días hasta que la mujer se enfermó, le dio bronquitis y tuvo que ir al médico, en el hospital la atendieron y como si fuera un sueño, saltó de su boca la araña que le enmarañaba la voz; era la tranca de su felicidad. Al fin pudo hablar. No esperó mucho para buscar al hombre, preguntó por él hasta el cansancio y lo encontró, en el encuentro se abrazaron, cayó un rayo y destruyó todo el lugar; luego, de entre una red capilar ellos emergieron para que el canto de la sangre, el baile del agua hiciera danzar la vida que con su abrazo habían aplacado; ellos eran la danza y el canto que unidos, formaron la melodía fantástica del lugar donde a cada sonido emerge una nueva vida.

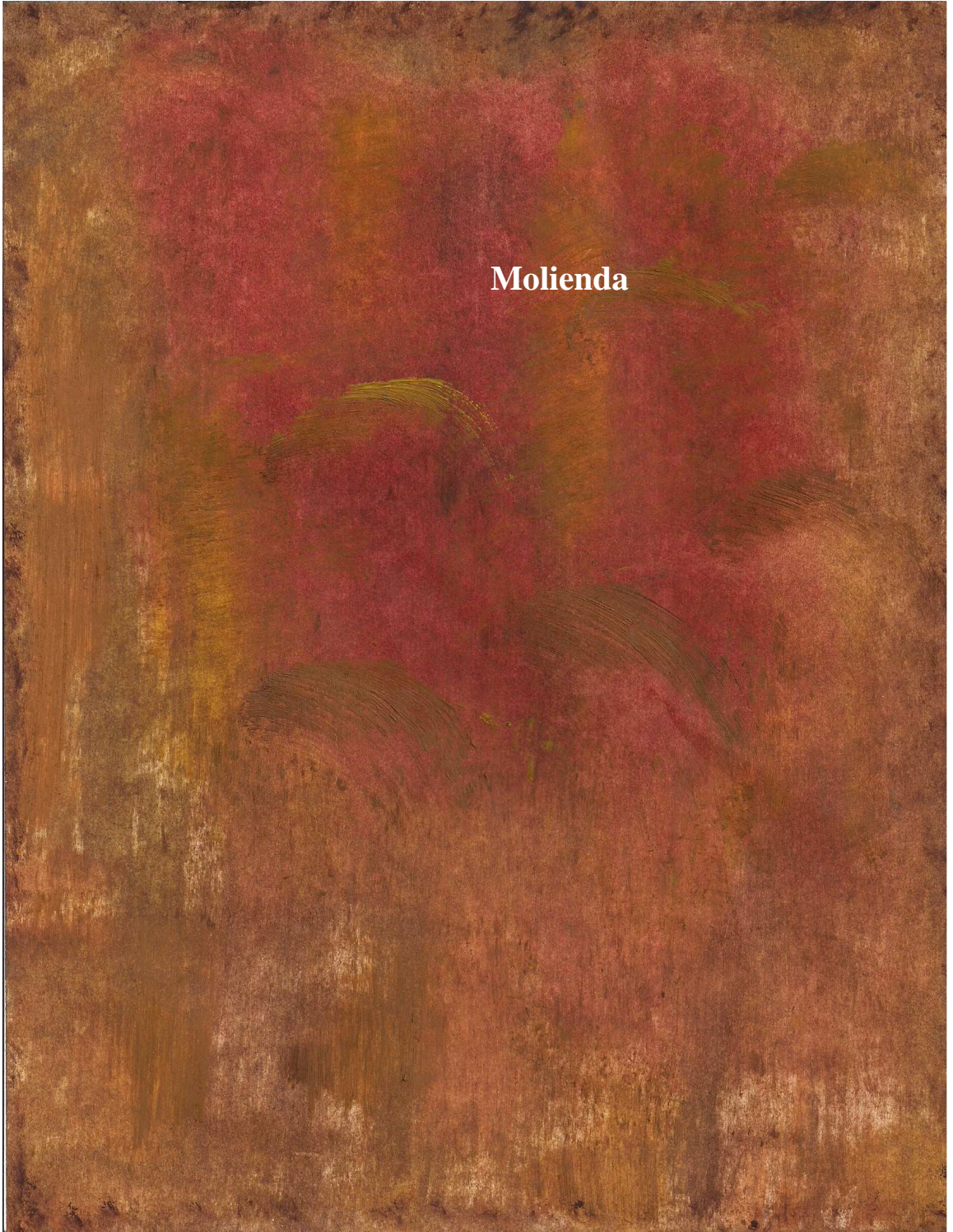


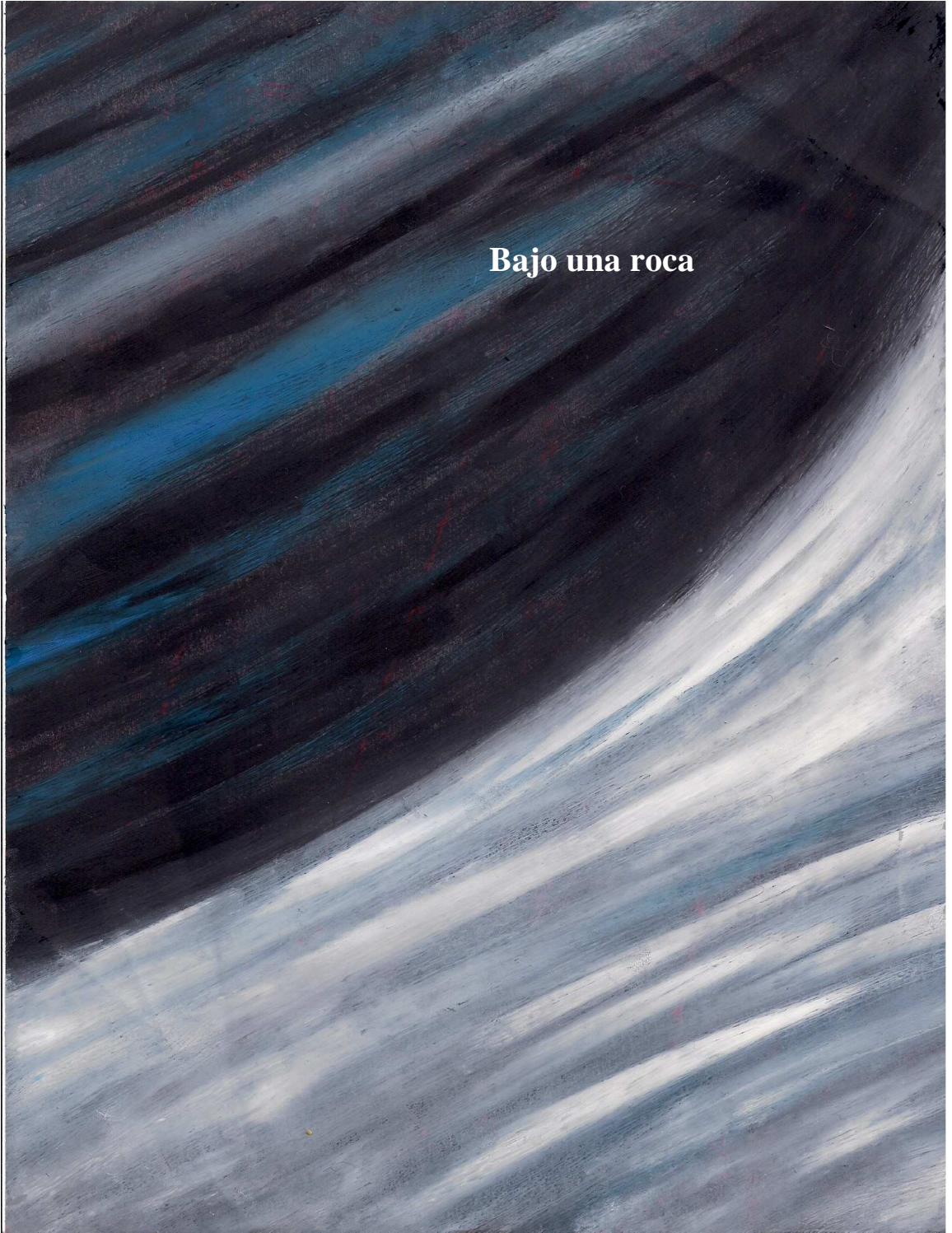
Figura 20.

La peinilla, un corte en el talón del palo, la hierba cae, el palo va al guango, el guango crece, el hombre amarra el guango y lo sube a su hombro derecho, luego, lo acomoda en el lado izquierdo. Caminamos, llegamos al lugar. En la entrada un montón de palos viejos, un molino y unas pilas vacías; al fondo un horizonte de bagazo, en el centro las pailas, al lado de las pailas las dobilleras para dar forma a los cuadros. Aún seguimos en la entrada, saludamos, el hombre descarga, los palos caen al lado de los viejos, se limpia el sudor y se alista para magullar los palos en el molino, empieza a funcionar; luego, una lluvia dulce y fresca llena las pilas. Tengo sed y se nota en mis labios reseco, el hombre toma un poco y al verme, llena un pocillo, me lo pasa, lo recibo, tomo y es un guarapo recién exprimido y aún tiene restos de bagazo, calma la sed y en mi estómago se inicia una batalla. Se llenan las pilas, el hombre pone un canal para conectar las pilas con la primera paila, la paila se empieza a llenar, cae como el río y el líquido se vuelve una gran espuma; se desvanece. El hombre necesita bagazo seco para prender fuego bajo las pailas, llama a unos jóvenes de veinte años, ellos le llevan bastante y luego, vuelven a rodar en los riscos de bagazo.

Mientras la hornilla cocina la primera poción, el hombre saca la cachaza con un cernidor, la llena en unos baldes y después de cernir, pasa el líquido por un segundo canal que conecta a otras dos pailas donde se da la cocción final.

El hombre mira a mi amiga y ríe, luego prende el fuego en la hornilla e inicia el hervor; nosotras esperamos a la orilla de las pailas, el hombre agarra una cuchara gigante, la levanta y la deja caer sobre una de las pailas y empieza a menear, luego la saca, la introduce en la otra paila y hace lo mismo, le agrega cera de laurel, pasan treinta y cinco minutos. El hombre bate la miel y sale una espesa masa de punto, se ve delicioso y a todos se nos llena la boca de agua; el hombre pone el punto en una olla que llevó mi amiga y luego se la pasa, ella la recibe y esperamos un poco; mientras tanto, el hombre empieza a llenar los cuadros, luego se sienta, mi amiga le pasa unas viandas, nosotras también nos sentamos, abrimos la olla y sacamos “poquitos”, nuestras manos se embadurnan, comemos sin decir nada, llegan las abejas y nos velan, nosotras no nos movemos porque ellas no hacen daño, nuestra otra amiga llega y también coge de la olla; luego, pretendemos ir a jugar pero son las ocho de la noche y el hombre le dice a mi amiga que debemos regresar, nosotras obedecemos, recogemos todo, nos despedimos, salimos del lugar y empezamos a debatir sobre qué haremos con el punto, dejamos involucrarnos en la charla y al llegar a nuestras casas decidimos repartir el dulce pero, no queda qué repartir.

Al otro día, el hombre nos regaló de a dos panelas a todos los vecinos; él era así, así fue su familia, pero ya no lo es y, ¿qué pasó con las panelas? Obviamente ya no están, pero siguen en la memoria del corazón.



Bajo una roca

Figura 21.

No tenemos los días contados, los sueños finitos, las ansias medidas, las palabras exactas y los manotazos justos; no tenemos todo y tenemos la justa tempestad del cielo y su entrañable presencia. Tenemos la compañía de ellos, parásitos que a cada soplo se remueven para cambiar nuestra escena y no ser tan nosotras; nosotras necesitadas de otros, como si ellos tuvieran la fuerza para mudarnos de lugar y la tienen, se mecen, zigzaguean a nuestros pies y nos hacen no tan rocas o, rocas que se rozan, ¿qué fuerza tienen ellas? La fuerza de pequeñas vidas que unidas remueven el suelo y así, llega el espejismo que en él se refleja cuando el sol nos toca y nos vemos estáticas. Como figuras somos y el tiempo se encarga de tallar los segundos que en briznas vuelan y nos llega otra ayuda para ser finas rocas, e infinitas.

CONCLUSIÓN

Desarrollar este trabajo de escritura implicó, al final, entender que es un ejercicio en el que se extienden las manos para abrir el portón de lo posible y tener en cuenta que, para provocar esas posibilidades, es necesario, a modo de profesión, a modo de vivencia, a modo de destreza o de trabajo, donar un poco de entrega a la literatura sin dejar de ser lo que se es. Se trata de integrar una hermandad entre lo que se elige hacer para la vida y las circunstancias que la complementan; en esta perspectiva, el trabajo realizado es la cara y el sello del azar en tanto muestra de la circulación de todas las sensaciones vividas hasta el momento, y que están acompañadas por palabras.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ GARDEAZABAL, Gustavo. Córdoros no entierran todos los días. Bogotá: Oveja Negra. Biblioteca de Literatura Colombiana, 1972.
- AMADO, Jorge. La muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua. En: Los viejos marineros. Barcelona: Seix Barral, 1983.
- ARGUEDAS, José María. Los ríos profundos. Madrid: Ediciones Cátedra, 1995.
- ASUNCIÓN SILVA, José. De sobremesa. Bogotá: Ancora, 1993.
- BÁRCENA, Fernando y MÈLICH, Joan-Carles. La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2000.
- BECKETT, Samuel. Esperando a Godot. Barcelona: Círculo de lectores. S.A. (S.F).
- BORGES, Jorge Luís. Ficciones. Madrid: Alianza, 1990.
_____. El Aleph. Barcelona: Círculo de lectores, 1994.
- CEPEDA ZAMUDIO, Álvaro. La casa grande. Bogotá: Oveja Negra. Biblioteca de Literatura Colombiana, 1962.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. Don Quijote de la Mancha I. Barcelona: Ediciones Folio, 1999.
- DERRIDA, Jacques. El porvenir de la Profesión o la Universidad sin condición. San Juan: Editorial Postdata, 2002.
- DOSTOIEVSKI, Fiódor. Crimen y castigo. Medellín: Bedout, 1973.
_____. El Jugador. Madrid: Sarpe, 1984.
- ESPINOSA, Germán. La tejedora de coronas. Bogotá: Editorial Alianza, 1984.
- FOUCAULT, Michel. Las palabras y las cosas. México: Siglo veintiuno editores, 2005.
- JABÈS, Edmond. El libro de la hospitalidad. México: Aldus, 2002.
- LÓPEZ CASANOVA, Martina y FERNÁNDEZ, Adriana. Enseñar literatura: fundamentos teóricos. Propuesta didáctica. Buenos Aires: Manantial, 2005.

ORTIZ MONTERO, Eduardo Alfredo. Ángeles que custodian las penumbras. Pasto: Fundación Morada al Sur, 2004.

ROSENBLANTT, Louise. La literatura como exploración. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

ROSERO, Evelio José. En el Lejero. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003.

_____. Señor que no conoce la luna. Bogotá: Editorial Planeta, 1992.

ZHEYLA, Henriksen. Tiempo sagrado y tiempo profano en Borges y Cortázar. Madrid: Editorial Pliegos, 1992.

BIBLIOGRAFÍA ON – LINE

El Perfume, en: <http://es.wikipedia.org/wiki/>

El Zahir, en: <http://es.wikipedia.org/wiki/>

He perdido el tren por 2 minutos, en: <http://www.relatoscortos.com/>

La Odisea, en: <http://es.wikipedia.org/wiki/>